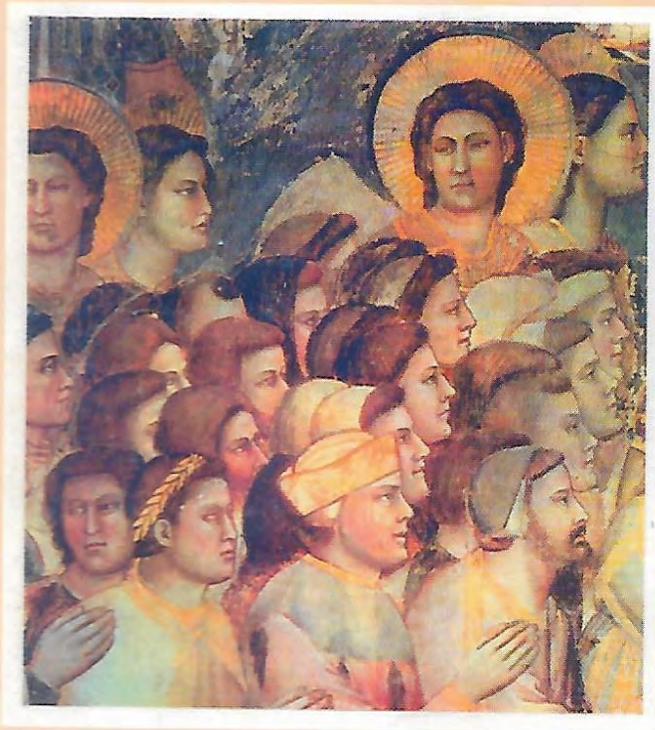


Eva C. Rava

LOS SANTOS
II
TESTIGOS DEL ESPÍRITU



Ediciones
Asociación Argentina de Cultura

GIOTTO. *El juicio Universal* (Detalle), Padua
Capilla de los Scrovegni

Eva Carlota Rava

Miembro de la institución de vida consagrada, *Servidoras*.

Doctora en Filosofía y Teología.

Fue profesora de Teología espiritual en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Lateranense, en el Instituto de Ciencias Religiosas Regina Mundi de la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma) y de la Pontificia Facultad de Ciencias de la Educación *Auxilium* (Roma).

Actualmente es investigadora del Centro de Investigaciones en Antropología Filosófica y Cultural -CIAFIC- de la Asociación Argentina de Cultura, asociado al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas -CONICET-, profesora del Instituto de Catequesis *San Pablo* (Buenos Aires) y del Seminario *Santo Cura de Ars* de la diócesis de Mercedes-Luján.

Tiene distintas publicaciones de Antropología filosófica y teológica y de Teología espiritual.

LOS SANTOS
Testigos del Espiritu

II

San Gregorio Magno
San Bernardo de Claraval
San Francisco de Asis
Santa Catalina de Siena

© 2017 Ediciones Servidoras
Federico Lacroze 2100 – (1426)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Impreso en Argentina

INDICE

<i>Introducción</i>	7
I. San Gregorio Magno. Padre de la Europa cristiana	9
1. Un mundo en transformación	11
2. Gregorio, monje y pastor	13
2.1. <i>Su obra evangelizadora</i>	15
2.2. <i>Su incansable actividad de pastor</i>	17
3. Teólogo, exégeta y maestro espiritual	18
3.1. <i>Una espiritualidad para el pueblo de Dios</i>	20
II. San Bernardo de Claraval. La voz de su tiempo	27
1. De Gregorio a Bernardo: configuración de la sociedad medioeval.....	29
2. La reforma eclesiástica. El Cister	32
3. Bernardo de Claraval. Su vida y su influjo.....	34
4. La clave de su vida	38
4.1. <i>El camino de la humildad</i>	38
4.2. <i>El amor a Jesucristo</i>	40
4.3. <i>Devoción mariana</i>	41
III. San Francisco de Asís. Una nueva presencia de Jesucristo en la historia	43
1. Un período de transición: hacia el final de la Edad Media.....	45
2. El evangelio de su vida.....	47
3. Una espiritualidad esencial.....	54

IV.Santa Catalina de Siena. Defensora del papado	59
1. Las circunstancias históricas.....	61
2. Gracias místicas y acción apostólica	62
3. Su genio femenino	65
4. El tema de su vida: el amor a la Iglesia y la salvación del hombre	68

Introducción

Si en un primer momento nos detuvimos en algunos santos que fueron cimiento sobre los que se construyó la cristiandad - San Pablo, San Agustín, San Benito -, ahora presentamos algunas pocas y grandes figuras que conformaron la Edad Media y prepararon los tiempos nuevos: San Gregorio Magno, San Bernardo de Claraval, San Francisco de Asís y Santa Catalina de Siena.*

Los dos primeros pertenecen a esa gran familia benedictina que echó las raíces de la Europa cristiana; los dos siguientes encarnan las corrientes renovadoras de la Iglesia que se expresan en las nuevas órdenes mendicantes, franciscana y dominica. Cada uno de ellos se nos impone con el sello definido de su personalidad y como presencia diáfana de su misión divina. Gregorio Magno nos enseña un modo de ser pastor de la Iglesia universal y con ello artífice de la Europa cristiana; Bernardo de Claraval señala el apogeo del mundo feudal y monástico y manifiesta lo más puro de su alma cristiana: esa conjunción de celo apostólico y gracias místicas que le permitió ser árbitro de las grandes cuestiones de su tiempo; Francisco anuncia los albores de un renacimiento cristiano mediante la radicalidad liberadora de la pobreza cristiana y Catalina de Siena, defensora del papado, nos ofrece un ejemplo de virilidad y dulzura en su femenino servicio eclesial. Todos revelan que su extraordinaria acción, que superó el olvido del tiempo y fue generadora de cambios decisivos en la historia de la Iglesia y de la sociedad, tiene una misma fuente: la entrega a Jesucristo, la docilidad a las inspiraciones del Espíritu, el abandono sin condiciones a la voluntad del Padre.

El ejemplo de estos santos pueda servirnos de estímulo para construir nuestro espacio y nuestro tiempo en continuidad con el espíritu que ellos nos legaron.

* Conferencias dadas en los años 1996-1997 sobre “Los santos, testigos del Espíritu” en el Instituto de Catequesis “San Pablo”.

San Gregorio Magno

Padre de la Europa cristiana

1. Un mundo en transformación

Cuando San Benito muere, casi a mediados del siglo VI, San Gregorio es apenas un niño de unos siete años¹.

Bajo la presión de las invasiones bárbaras, el Imperio romano de Occidente, interiormente debilitado por la decadencia moral, cae a fines del siglo V, en el año 476². Los pueblos germanos se consolidan en las distintas regiones del imperio: los vándalos en África, los francos en la Galia septentrional, los visigodos en la Galia meridional y en la península ibérica, los ostrogodos en Italia.

El mundo en el cual viven San Benito primero y San Gregorio luego, es un mundo en transformación, inestable, donde están vigentes aún muchos valores de la cultura romana, pero en el que Roma debe asegurar su nueva misión civilizadora difundiendo el cristianismo entre los pueblos bárbaros. La necesidad de conservar la auténtica tradición cristiana, nunca fue tan indispensable como en ese momento. “En ninguna otra época fue tan grande el peligro de que esta tradición desapareciese, juntamente con los restos de la cultura antigua, como en los años finales del siglo V”³.

Frente al imperio romano que se desmembra, Dios suscita hombres capaces de proporcionar los elementos necesarios para construir una nueva cultura y un nuevo orden social. A medida que se agravan las condiciones políticas y sociales del imperio romano, la Iglesia de Roma se manifiesta cada vez más como el eje del orden público. La caída del imperio de Occidente y el advenimiento de los nuevos reyes bárbaros que ya no simbolizan la unidad universal, ponen de relieve que sólo el papado puede ser la fuerza unificadora necesaria para la comunidad humana⁴.

La nueva sociedad se configurará fundamentalmente bajo la acción de la Iglesia: los obispos y el papa asumen funciones públicas y gozan -en

¹ San Benito vive entre 480 y 547, fecha aproximada de su muerte; San Gregorio, entre 540 y 604.

² El Imperio romano de Oriente, en cambio, perdura hasta 1453.

³ G. SCHNÜRER, *La Iglesia y la civilización occidental en la Edad Media*, Ediciones Fax, I, Madrid 1955, p.111.

⁴ Cf P. BREZZI, *Il pensiero político cristiano, Antichità e Medioevo*, en *Grande Antologia Filosofica, Il pensiero cristiano*, vol.5, Marzorati, Milán 1973, p.789.

ausencia de autoridades políticas eficientes- de una creciente autonomía. Los obispos adquieren verdaderos poderes de jurisdicción y el oficio pastoral exige una vigilancia sobre toda la vida social. La Iglesia no asume solamente responsabilidades de orden divino sino que extiende su solicitud al ámbito temporal, estableciendo una estrecha relación con el poder civil⁵.

Por su parte, San Benito, a través de sus monasterios y de su *Regla*, emprende una obra evangelizadora singular, inculcando los grandes valores cristianos a romanos y bárbaros. La cultura romana elevada por la nueva religión despierta muchas veces la admiración de los pueblos germanos y provoca su adhesión al cristianismo. Los monjes, formados a través de la *Regla* en el respeto de cada hombre, en el reconocimiento de su igualdad, en la dignidad de las costumbres, ejercen una especial atracción sobre los jefes bárbaros. Recordemos el episodio que nos narra el mismo San Gregorio respecto de Totila, rey de los godos, referente a San Benito: su majestad lo seduce. La mayoría de los jefes bárbaros y sus pueblos se convierten al arrianismo, pero los francos, siguiendo a su rey Clodoveo, adhieren al cristianismo, introduciendo un significativo cambio en la situación histórica. Los monasterios, a su vez, herederos de la cultura antigua salvada del naufragio, son los semilleros de la nueva civilización⁶.

En este contexto histórico y cultural se inscribe la obra de San Gregorio Magno, conocido como el padre de la Europa cristiana.

Cuando nace Gregorio, el reino italiano de los ostrogodos está próximo a su fin: hacia el 540 comienza la guerra de reconquista conducida por los generales de Justiniano, emperador de Bizancio y en el 555 el reino italiano sucumbe bajo el ataque de sus tropas. Los longobardos (en parte arrianos, en parte paganos) no tardan en invadirlo, ocupando los antiguos dominios ostrogodos. Roma se encuentra en un momento particularmente grave y difícil de su historia: por una parte Bizancio, que ha destruido y conquistado el reino ostrogodo de Italia, subordina a su autoridad imperial el poder de los papas; por otra, las reiteradas invasiones de los longobardos -que ocupan los territorios vecinos- amenazan la ciudad.

Tantas calamidades explican que Gregorio haya creído próximo el fin del mundo y que el sentido escatológico sea un elemento dominante en su

⁵ Más tarde en Francia, el advenimiento de los carolingios, por medio de la intervención directa de los pontífices, significó un hecho importante. Se estableció una tan estrecha relación entre el emperador y el pontífice que si bien no fue una forma de cesaropapismo, se dio sin embargo una absorción del orden y derecho natural en el orden y justicia sobrenatural.

⁶ Cf. SCHNÜRER, *La Iglesia y la civilización*, p.169.

concepción del mundo⁷. Éstas, sin embargo, no lo llevaron a la inactividad; comprometió toda su clarividencia y energía en luchar contra los males de su época y en difundir el cristianismo, contribuyendo a la gestación de la Europa cristiana. Con su capacidad de gobierno, su rica experiencia humana y su ardiente deseo de Dios defendió, como un siglo antes lo hiciera San León Magno, al pueblo romano frente al ataque de los bárbaros y, ante una Roma angustiada por el dominio del imperio de Oriente, tuteló la independencia del papado.

2. Gregorio, monje y pastor

¿Qué características sellan la vida de este hombre excepcional?

Perteneció a una ilustre familia romana; su padre fue senador y entre sus antepasados figura el papa Felix III. Su madre, Silvia, y dos tías, Cecilia y Emiliana, son veneradas como santas. Su familia posee la doble nobleza que proviene de la recta asunción de grandes responsabilidades civiles y eclesiásticas, y aquella otra que deriva del ejercicio de las virtudes cristianas embellecedoras del espíritu. Estas dos vertientes, la responsabilidad pública y la vida interior, definen la personalidad de Gregorio y plasman su existencia.

Realiza estudios humanistas y alrededor de los treinta años es nombrado prefecto de Roma, autoridad suprema de la urbe. Posee funciones de administrador, de intendente, de gobernador; reúne las principales responsabilidades temporales respecto de la ciudad. Sin embargo, aun en el ejercicio de sus funciones públicas, una vocación más alta de entrega total a Dios lo atrae interiormente. Así, no sin lucha, Gregorio se retira del mundo para dedicarse a una vida apartada y austera⁸. Con la fortuna que le deja su padre, funda seis monasterios en Sicilia y hace de su casa paterna otro bajo la protección de San Andrés, donde se retira adoptando posiblemente la *Regla* de San Benito⁹. Sobre ese terreno hoy, en Roma, se levanta la iglesia de San Gregorio Magno y, junto a ella, otra más pequeña dedicada a Santa Silvia, su madre.

⁷ Cf R. GILLET, *Grégoire le Grand* en DSAM, vol.6, Beauchesne, París 1967, col.872.

⁸ Gregorio relata su conversión al estado monástico en la carta dedicatoria de su obra *Moralia*. En Gregorio encontramos el combate interior entre dos voluntades contrarias, descrito ya por San Agustín en las *Confesiones*.

⁹ Recordemos que Gregorio Magno escribe su vida y, su figura, tal como él la plasma en el libro II de los *Diálogos*, responde plenamente a su ideal de varón perfecto.

La vida propiamente monástica es una breve pausa en la trayectoria de Gregorio¹⁰. En el año 578, el papa Pelagio II lo nombra nuncio apostólico en Constantinopla donde permanece durante siete años. Lleva consigo a algunos monjes con quienes vive en comunidad, pero nuevas responsabilidades lo requieren. Su estadía en Constantinopla y la tarea eclesial que desempeña, le permiten conocer personas muy diversas¹¹ y el contacto directo con la espiritualidad de Oriente. Es allí donde comienza la gran obra de su vida, el *Comentario moral al libro de Job*.

A su regreso a Roma, Gregorio vuelve a su monasterio en el monte Celio: “Es el *monasterium meum* del que hablará toda la vida”¹². Una vez más la paz es breve porque el papa Pelagio lo nombra su secretario y Gregorio debe resolver el cisma de las iglesias dependientes de Aquileya. Así, constantemente atraído por la paz y la quietud del monasterio, Gregorio se ve continuamente llevado por las circunstancias históricas hacia la vida pública.

En 590 se difunde la peste en Roma y el papa es una de sus primeras víctimas. Según las costumbres de la época, tal como había sucedido con San Agustín que fue elevado al sacerdocio por aclamación popular, así Gregorio es aclamado por el pueblo como pontífice. Debe abandonar su monasterio y los días felices que en él ha vivido. Durante catorce años - desde 590 hasta 604- gobierna la Iglesia universal, afirmando el primado de Roma y su autoridad papal frente a las presiones de Bizancio y de las ordas bárbaras. Empieza así a gestarse la Europa medieval.

Como Benito de Nursia que, luego de sus estudios humanistas, abandonó el proyecto de dedicarse a funciones públicas y se retiró a la soledad entregando su vida a Dios, muchos vuelcan sus mejores energías en la Iglesia; nobles familias romanas ofrecen sus hijos como oblatos en los

¹⁰ En ese momento no se puede hablar aún de “vida benedictina” porque la expresión “benedictino” aparece recién en los siglos XV o XVI. En la época de Gregorio el monacato era un estado de vida más que una organización como la actual. La Regla benedictina se impuso de derecho recién en la época carolingia (cf. R. GILLET, *Grégoire le Grand*, col.873) Si bien no consta en documentos que haya abrazado la *Regla*, la vida monástica tal como Gregorio la concibe y las características del abad benedictino están presentes en él.

¹¹ Una característica de San Gregorio es su profundo conocimiento de los distintos tipos humanos. Como San Benito, se distingue por su atención a la diversidad de personas y de necesidades según el temperamento, disposición, condición, oficio, y por su capacidad para hacerse todo a todos.

¹² GARCÍA M. COLOMBAS, *Introducción a San Benito y su obra*, BAC, Madrid 1954, p.137.

monasterios y entregan sus bienes en herencia a la comunidad eclesial. El papa se convierte en el primer terrateniente de Italia; posee bienes no sólo en Roma sino también en sus alrededores y en otras zonas del antiguo imperio: Campania, Sicilia, Córcega, Cerdeña, Iliria, el norte de África. Este hecho tiene importantes consecuencias políticas: el papa es el interlocutor indispensable del emperador de Bizancio quien, en asuntos temporales como la leva de tropas para defender los territorios del Imperio, o la resolución de asuntos fundamentales respecto de las potencias extranjeras, necesita el consentimiento y la intervención pontificia¹³.

Sin embargo, Gregorio Magno no siguió los criterios y los principios de un romano; si bien heredero de la cultura romana, como cristiano le supo insuflar un espíritu nuevo. Fiel a su pasado monástico, una vez elegido papa, se convirtió en padre de la gran familia de la Iglesia, ejerciendo en el ámbito eclesial y civil una solicitud semejante a la del abad respecto de su monasterio.

2.1. Su obra evangelizadora

A Gregorio se debe ante todo la clarividencia y decisión de evangelizar los pueblos anglosajones en Gran Bretaña. Francia se había convertido al cristianismo con Clodoveo; España, con el rey visigodo Recaredo. Gran Bretaña, en cambio, permanecía bajo el dominio de los anglosajones paganos. Gregorio comprende la importancia de ganar estos pueblos para la nueva fe y manda monjes de su monasterio de San Andrés para su evangelización. Comprende que el cristianismo puede disociarse de la civilización romana y que el futuro de la humanidad no está indisolublemente unido a la prosperidad o a la caída del imperio¹⁴.

El envío de los monjes a Gran Bretaña fue la primera misión de la Iglesia a un pueblo lejano y totalmente desconocido. Habitados a la soledad y al recogimiento, con el compromiso de estabilidad, los nuevos misioneros lo abandonaron todo y partieron venciendo la distancia geográfica y psicológica que los separaba de Inglaterra. Cuando Agustín, prior de San Andrés¹⁵, partió con sus monjes, escuchó en el camino tales relatos sobre la crueldad de los anglosajones que volvió sobre sus pasos. Gregorio se mantuvo firme en su decisión, pero lo envió esta vez con cartas de recomendación dirigidas a los príncipes católicos merovingios para que le facilitaran la travesía por Francia. Allí probablemente,

¹³ Cf SCHNÜRER, *La Iglesia y la civilización occidental*, p.337.

¹⁴ Cf GILLET, *Grégoire le Grand*, col. 875.

¹⁵ Pasó a la historia como San Agustín de Canterbury.

Agustín fue consagrado obispo, llevó consigo a algunos sacerdotes francos como traductores y marchó resueltamente hacia Inglaterra. Los anglosajones efectivamente eran muy crueles y habían eliminado sin escrúpulos a los cristianos de Gran Bretaña; por su parte, muchos bretones, espantados, huyeron hacia las costas de Francia, en la Bretaña francesa. El temor podría haber inducido a San Agustín y a sus monjes a retroceder nuevamente; fueron, sin embargo y permanecieron en esas tierras con absoluta mansedumbre y obediencia a las claras indicaciones del pontífice.

Gregorio mantuvo una comunicación fluida con sus misioneros a través de cartas y obsequios enviados para conquistar la benevolencia de estos pueblos. Con gran sabiduría indicó que se respetasen los usos y costumbres, la lengua y los templos -salvo los ídolos que en ellos se encontraran-, convirtiéndolos en nuevos lugares de culto donde se honrara al verdadero Dios. Fieles a la consigna gregoriana, los monjes respetaron al máximo la idiosincrasia del pueblo sin presionar para que se convirtiera y fueron las mismas circunstancias que favorecieron su evangelización.

Cuando Agustín desembarcó en Inglaterra, encontró el pequeño reino de Kent, cuyo rey estaba casado con una princesa franca católica. Para conservar su fe en medio de un pueblo no creyente, la reina había pedido ser acompañada por un obispo que, a la llegada de los monjes, acababa de morir. Por ello la reina vio en San Agustín un enviado de Dios para ser su apoyo y lo recibió con tal benevolencia que el rey abrió a los misioneros las puertas de su reino y él mismo terminó por abrazar la nueva fe.

Para verificar la verdad de las creencias, los anglosajones practicaban el "juicio de Dios", destinado a demostrar el poder de la divinidad. Nada impresionaba tanto a los germanos, ni los movía a abandonar el propio culto y abrazar la fe católica, como el convencimiento de la omnipotencia divina. De este modo, los mismos sacerdotes anglosajones se convirtieron al cristianismo¹⁶.

La paciencia de los misioneros, su respeto por las costumbres encontradas, toda su conducta reveladora de su elevada religión y de la cultura que la acompañaba, hicieron que los anglosajones se sintieran paulatinamente atraídos por el cristianismo y se convirtieran a él. El mundo

¹⁶ Cf SCHNÜRER, *La Iglesia y la civilización occidental*, p.198. Un sacerdote anglosajón, convencido ya de la bondad del cristianismo, arrojó una lanza contra el templo pagano sin sufrir por eso ningún daño, confirmándolo así en la convicción de que su dios no era tan potente como el nuevo Dios cristiano.

anglosajón lleva aún la huella perdurable de esa presencia monástica: Oxford es un antiguo monasterio benedictino, y las costumbres que los monjes imprimieron se prolongaron hasta la época moderna; a ellos se debe que se haya podido decir que la traducción moderna más fiel del antiguo señor cristiano sea el *gentleman* inglés¹⁷. Así, estos misioneros que lo abandonaron todo para llevar desinteresadamente la Buena nueva sin ningún respaldo temporal y con su sola fe en Dios y su confianza en la Iglesia, inculcaron el cristianismo de manera profunda y duradera.

2.2. *Su incansable actividad de pastor*

Otro ámbito en el que se muestra el genio de Gregorio Magno es como pastor en el mismo seno de la Iglesia y respecto de la sociedad de su tiempo. Como pontífice tuvo una visión elevada del primado papal y de la dignidad de todo el pueblo cristiano, se empeñó contra la inmoralidad del clero y luchó contra la simonía convencido del valor del sacerdocio, protegió los monasterios de toda ingerencia extraña y al mismo tiempo los sujetó a la autoridad eclesial, defendió su posición como metropolitano de Italia y se esforzó por estrechar lazos con la Iglesia de España y la Iglesia franca.

Administró con gran acierto y sabiduría los bienes de la Iglesia, el patrimonio de Pedro. Como romano, Gregorio tenía el sentido de la propiedad, pero la concibió en su profundo valor cristiano, no con criterios individualistas sino con un claro destino social. Afirmó que la caridad y el dar bienes a los pobres, no es una obra de misericordia sino sencillamente deber de justicia pues se trata de restituir aquello que es debido. “Para él, como para todos los grandes obispos del pasado, el patrimonio de la Iglesia no era sino la propiedad de los pobres. Su incansable actividad a favor de todas las miserias puede compararse, si bien con más recursos, a las de un Basilio o de un Juan Crisóstomo”¹⁸. El dar no se restringe a lo que nos sobra, sino que concierne también lo necesario cuando lo necesario es divisible. Así, quien tiene dos túnicas debe dar una. No dar lo que es necesario, cuando no requiere privarse de lo indispensable, puede significar caer en el robo e incluso en el homicidio¹⁹.

¹⁷ Por otra parte, si bien la iglesia de Inglaterra se separó de Roma, es -en el ámbito cristiano- la más próxima a la Iglesia católica y se comprende cómo en su seno surgieron, incluso recientemente, hombres como el Cardenal Newman.

¹⁸ GILLET, *Grégoire le Grand*, col. 874.

¹⁹ Cf G. BARBIERI, *Le dottrine economiche nel pensiero cristiano* en *Grande Antologia filosofica*, vol. 5, cit., pgs.1188-1189.

Gregorio socorrió especialmente a los pobres y sin trabajo. Creó hospicios, hospitales, orfanatos, albergues para peregrinos, trató de extirpar llagas sociales como la usura y la esclavitud. Respecto de los trabajadores rurales concibió préstamos que permitieran que los colonos progresivamente fuesen propietarios de las tierras y con ello conquistasen su libertad. Señaló también la posibilidad de vender objetos sagrados, sobre todo para el rescate de los esclavos; incitó a los obispos a no soportar injusticias contra ellos y exhortó a los dueños a concederles la libertad. La idea de evangelizar Gran Bretaña surgió en su ánimo a propósito de algunos esclavos anglosajones que vio en los mercados de Roma.

Aprovisionó la ciudad para que no sucumbiera al hambre y pudiera resistir al ataque de los longobardos, pero trató también de establecer relaciones amistosas con los reinos germánicos de Occidente. Por su protección a las necesitados y su celo en resolver las indigencias, Gregorio, como todos los pontífices de su época, fue muy amado por el pueblo. Fue fundamentalmente un pastor que no sólo acuñó sino que vivió en primera persona la expresión "siervo de los siervos de Dios" y según ella concibió toda su misión al servicio de la caridad. Su pontificado se tradujo en principios y hechos que contribuyeron a dar sentido cristiano a los bienes temporales poniéndolos a disposición de los hombres de su época; pasó a la historia de la música y de la liturgia introduciendo - precisamente - el canto llamado "gregoriano". Su tarea pastoral, caracterizada por un fuerte sentido moral, y por una singular solicitud y capacidad de adaptación a las necesidades humanas²⁰, encuentra su clave en su personalidad recta, sabia, amable²¹, sedienta de Dios. Los textos que nos ha dejado: sus homilías, sus comentarios a la Escritura, sus relatos, sus cartas²² son el reflejo de su experiencia y de su alma.

3. Teólogo, exégeta y maestro espiritual

San Gregorio es un autor que posee un amplio registro, capaz de dirigirse a los más diversos destinatarios y cuyo pensamiento se nutre

²⁰ Se ha observado que el nombre Gregorio indica, precisamente, en griego, vigía, sentinela.

²¹ Éstas son las tres notas que señala P. Batiffol en su obra clásica sobre San Gregorio: *S. Grégoire le Grand*, París 1928.

²² Nos ha dejado más de 800 cartas escritas durante su pontificado. En ellas encontramos muchos elementos de moral y de derecho canónico aplicado y muchas de ellas son por su estilo, verdaderas obras literarias.

sobre todo de la Sagrada Escritura, de la liturgia y de los padres orientales²³ y occidentales, sobre todo de San Agustín. De él admira toda la obra pero no asimila tanto sus facetas de filósofo especulativo y metafísico sino de pensador moral. Bajo este aspecto Gregorio es típico representante de San Agustín²⁴ y su doctrina fue la fuente de la vida espiritual durante todo el medioevo.

Su enseñanza tuvo como fin principal educar al pueblo de Dios y fundar una cultura basada en la Biblia. Con este propósito Gregorio comenta, interpreta, profundiza y pone al alcance de todos la Palabra de Dios. Su *Comentario moral al libro de Job*, conocido como *Moralia*, y dirigido a sus monjes, sus *Homilías sobre el Evangelio* destinadas a sus fieles escritas en lenguaje sencillo y en estrecho contacto con la vida cotidiana, las *Homilías sobre el libro de Ezequiel* donde se hallan las más hermosas consideraciones místicas de su obra, así como su comentario a los primeros versículos del *Cantar de los cantares*, responden siempre a la misma inquietud: si Gregorio se refiere continuamente a la Biblia, si la hace leer y meditar es porque ella es el espejo del alma, nos revela nuestra interioridad y nos permite conocer el corazón de Dios. San Gregorio encuentra en ella uno de los medios principales en el camino de salvación pues Dios nos habla por su intermedio y a través de sus distintos sentidos, cada uno puede hallar lo que necesita para las distintas situaciones de su vida²⁵.

Pero esto requiere de nuestra parte humildad intelectual, sólo así podremos reconocer el origen trascendente de la Escritura, comprender su significado y ponerlo en práctica. Gregorio no es tanto un teólogo especulativo sino un pedagogo que conduce a la interiorización de la Palabra para que ésta dé frutos de conducta cristiana, se coloca en la línea de los grandes escritores romanos atentos al análisis de la conducta humana y de la educación de la conciencia. Para ello se vale de su vasta experiencia personal y de pastor, intentando llegar a la de los demás.

²³ De los autores orientales conoce la *Vida de San Antonio*, escrita por Atanasio, y a Gregorio Nazianceno a quien cita explícitamente en la *Regla pastoral*.

²⁴ Debido al gran influjo de su obra, hasta el siglo XI prevalece la dimensión moral de la doctrina agustiniana. La gran admiración de San Gregorio por San Agustín favoreció, también posteriormente, el interés por las otras obras de carácter más filosófico y especulativo del obispo de Hipona.

²⁵ En la interpretación de la Escritura, Gregorio posee semejanzas con Orígenes. El influjo de la espiritualidad oriental debe ser aún estudiada con más detención. (Cf J. LECLERCQ, *La spiritualità del Medioevo*, vol. 4/A en *Storia della Spiritualità*, EDB, Bolonia 1986, p.36).

Siempre está presente en él, el interés por la existencia concreta de los hombres, su efectivo comportamiento para orientarlo siempre a Dios. Su *Regla pastoral* tan leída y meditada por pastores y papas es una clara expresión de esta voluntad de concreción; en ella desfilan los diversos tipos de personas que deben ser guiadas y enseñadas, objeto de la solicitud pastoral, “el arte de las artes”. También su conocida obra los *Diálogos* manifiesta este interés por lo concreto. En ella narra la historia de grandes figuras de monjes italianos - entre las que sobresale San Benito - pues Gregorio sostiene que si la Escritura muestra cómo se encuentran y conservan las virtudes, la vida de estos hombres revela cómo han sido practicadas. Los *Diálogos* fueron traducidos al griego a mediados del siglo VIII, y se difundieron tanto que Gregorio es conocido en el Oriente cristiano con el nombre de “Gregorio, el Diálogo”²⁶.

Como autor monástico depende de Casiano; usa expresiones suyas, aplicando su significado no sólo a la vida monástica sino a todos los fieles de la Iglesia pues su enseñanza siempre responde al deseo de llegar a todo el pueblo de Dios. Estos elementos, asumidos por su rica personalidad y su gran experiencia, confluyen en sus obras fundidos en una espiritualidad que comprende ascetismo y mística; moral y contemplación.

3.1. Una espiritualidad para el pueblo de Dios

Gregorio se preocupa por llegar a todos y poner la experiencia de Dios al alcance de cada uno teniendo en cuenta los distintos niveles de comprensión propios de cada persona.

Dentro de la Iglesia considera distintas categorías según su vocación: los laicos, los clérigos - presbíteros, obispos llamados a presidir la Iglesia - y los monjes. Los clérigos ocupan un lugar especial ya que deben regir la iglesia con un “corazón sacerdotal”²⁷ inflamado por la caridad; los monjes están llamados a vivir la “continencia”, a alejarse de las tareas temporales y a dedicarse a la quietud de la contemplación, a la *lectio divina* y al trabajo manual. El sacerdote si bien no tiene una tarea temporal inmediata, debe gobernar y administrar los bienes de la iglesia y ser solícito respecto de las situaciones temporales y contingentes de sus fieles. Recordemos, sin embargo, que Gregorio confió a sus monjes de San Andrés la evangelización de Gran Bretaña; envió hombres dedicados a la contemplación y al

²⁶ Este sobrenombre está inspirado en el de Gregorio Nazianceno, “Gregorio, el teólogo”.

²⁷ *Regla pastoral*, II,2.

ejercicio de la virtud para enseñar una nueva forma de vida entre los paganos, y algunos de ellos fueron ordenados al sacerdocio para posibilitar su misión. Así, si bien la vocación de monje y de clérigo se distinguen²⁸, las exigencias históricas hicieron que se complementaran en la unidad de una misma caridad.

En efecto, en la concepción espiritual de Gregorio, todos los fieles, cualquiera sea su estado de vida, deben vivir la única caridad de Cristo, imitando su perfección. Este gran pontífice posee una elevada visión del hombre y desarrolla todo un plan de conversión interior, de elevación hacia la verdadera imagen de sí a través de la asimilación a Dios²⁹, proponiendo a todos el retorno a Dios a través de las vías activa y contemplativa.

La vida activa se caracteriza por el ejercicio de las obras de misericordia: dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, consolar al afligido, corregir al que yerra, hospedar al peregrino, visitar al enfermo...y se dirige sobre todo a la salvación del prójimo. La vida contemplativa consiste en retirarse de esas obras exteriores para dedicarse a Dios sólo, buscando ante todo la salvación personal a través de la oración. Gregorio, a la vez, monje y pastor, escribe a partir de su propia experiencia y de manera circunstancial, reflejando en las distintas situaciones y respecto de sus diversos destinatarios, los más variados matices. Así, vida activa es también la ascesis, la vida moral, el ejercicio de las virtudes, el dominio de las pasiones. Vida activa y vida contemplativa, ambas son necesarias para la perfección cristiana, incluso para el laico, pues se completan mutuamente³⁰.

Sin embargo, San Gregorio es el doctor de la contemplación. Su vida y su doctrina revelan su predilección por la vida contemplativa concebida como anticipo del cielo: el hombre es el ser hecho para ver a Dios; a este

²⁸ En efecto, la vida monástica tal como la concibe San Benito es laica. “Tiene sus sacerdotes, sus diáconos; mas éstos son pocos, los necesarios para subvenir a las necesidades litúrgicas del cenobio, y excepto el servicio del altar, no se distinguen de los otros monjes, como los otros, están sujetos al abad y a los decanos, que no pertenecen necesariamente al orden sacerdotal (...) San Benito no adopta el sistema de San Agustín, esto es la alianza entre la vida clerical y la monástica...” (Cf GARCÍA M. COLOMBAS, Introducción, p.129). Gregorio se ubica en esta línea benedictina.

²⁹ Cf M.T. ANTONELLI, *La patristica postagostiniana* en *Grande Antologia Filosofica*, vol. 3: *La Patristica*, Marzorati, Milán 1973, p.380.

³⁰ Acción y contemplación son dos aspectos fundamentales de la vida espiritual, ejemplificados por muchos autores -incluido san Gregorio- por las figuras bíblicas de Lía y Raquel, Marta y María. Posteriormente en la historia de la Iglesia han indicado “estados de vida”; para San Gregorio se trata de una alternancia requerida por nuestra condición terrena.

respecto la vida activa tiene un carácter purificador y el servicio del prójimo dispone a la contemplación. “La vida activa, bien vivida, hace nacer en el alma el deseo de obtener la ‘gracia de la contemplación’, de alcanzar la ‘inteligencia mística’, de penetrar los misterios ‘interiores’”³¹. Este deseo de *ver a Dios* atraviesa toda la existencia de San Gregorio y su experiencia personal de la enfermedad³² así como su gran conocimiento de los hombres despiertan en él una conciencia viva de la debilidad humana, de la contingencia de las creaturas y de su dependencia de Dios. Experimenta que el hombre es una criatura pasajera, que el futuro está condenado a convertirse en pasado y desea ardientemente la vida eterna. Encontramos, en este aspecto de su doctrina, una veta agustiniana fuerte, el sentido del tiempo que fluye y la aspiración a la eternidad. El hombre no se conforma con esta vida fugaz, ansía la contemplación de Dios que es la luz, el incircunscripto, el inefable, el incomprensible, el invisible. Gregorio se sirve de todo un lenguaje propio para expresar la trascendencia eminente de Dios: luz invisible, eternidad, potencia, verdad. El hombre, realidad contingente y circunscripta, aspira, desea a ese Dios que no puede aferrar y tiende a Él a través de la contemplación, anticipo del cielo y retorno al paraíso³³.

El camino de la salvación es Cristo, en quien Dios se acerca al hombre. Cristo es el Mediador que viene al encuentro de la impotencia humana. Se repite en la historia la experiencia de Pablo, de Agustín: el hombre con sus fuerzas no puede llegar a Dios, necesita de Jesucristo que es medicina, mediador, salvador fundamentalmente a través de su pasión. Gregorio invita a contemplar y a unirse a los misterios de Cristo, especialmente a su pasión, no tanto para compadecer a Jesucristo en su humanidad, cuanto para adorar a Dios que padece. Gregorio es profundamente medioeval: el hombre de nuestra época ve en Jesucristo crucificado al hombre que sufre; Gregorio adora al Dios que asume nuestra condición y padece. El acento está puesto en la persona divina, lo cual suscita no sólo compasión sino ante todo profunda adoración.

¿Quién permite al cristiano vivir estos misterios?

El Espíritu Santo. Si Jesucristo es la palabra de Dios, el Espíritu Santo es la “lengua” que pronuncia la palabra y permite comprender su sentido; es

³¹ LECLERCQ, *La spiritualità del Medioevo*, p.43.

³² San Gregorio sufría de gastritis, lo cual a veces le provocaba afonía. Los últimos años de su vida sólo se levantaba para las grandes solemnidades cuando su salud se lo permitía. No cesó, sin embargo, sus múltiples actividades.

³³ En Gregorio influye no sólo la mística solar de San Agustín sino también la mística trascendente de Dionisio Aeropagita, que seguramente conoció en Oriente.

la lengua que ilumina y que enardece: por eso en Pentecostés, el Espíritu Santo se manifiesta como lenguas de fuego. Gregorio pone al servicio del misterio no un vocabulario abstracto, sino una terminología simbólica. El Espíritu Santo es el don por excelencia que permite al cristiano vivir la vida de Dios y retornar Él a través de las virtudes teologales y los siete dones que infunde en nuestro corazón, convirtiéndolo en un corazón de carne. El don de sabiduría completa los demás ya que con su luz y su fuerza es fuente de una profunda paz que fija el alma en Dios. El Espíritu es recibido por todos los fieles y por toda la Iglesia de modo tal que “la acción de Dios en el hombre es siempre una experiencia de Iglesia en el miembro singular”³⁴. El Espíritu Santo, operante por medio de la gracia, permite que el hombre emprenda su camino de unión con Dios.

Gregorio insiste particularmente sobre las disposiciones interiores: la humildad, la penitencia, la discreción, la confesión, la compunción. Si bien no se expresa habitualmente en términos de conocimiento de sí, el socrático *conócete a ti mismo* en clave cristiana está continuamente subyacente en su invitación a volver al corazón, a mantener la mirada sobre sí y a velar por la pureza de intención.

La humildad de corazón es la “raíz” de las buenas obras y custodia de todas las virtudes, nace del saberse en presencia de Dios, lo cual despierta una conciencia más viva de las propias infidelidades y de todo lo que recibimos de Él. Esto implica el espíritu de penitencia para aceptar las penas que nos envía: Gregorio inculca el respeto hacia el carácter divino de toda prueba humana en cuanto parte de la economía divina, necesaria para corregir y purificar al hombre pecador³⁵. Insiste también en la discreción como discernimiento y sentido de la medida, y en la confesión que abarca las obras e intenciones y concurre a conservar la humildad. Trata además un tema característico de la vida monástica y que perdura durante siglos de piedad cristiana, el tema de la compunción, herida, “pinchazo” provocado por la gracia en el corazón para que el hombre tome conciencia de su pecado y al mismo tiempo se alegre profundamente de la esperanza en el bien eterno. La compunción expresa el equilibrio propio de la espiritualidad benedictina presente en San Gregorio: la vida cristiana no es ni sólo dolor ni sólo alegría; ambas realidades se integran en la unidad de la vida divina comunicada.

³⁴ J. LECLERCQ, *La spiritualità del Medioevo*, 4/A, p.54.

³⁵ Cf GILLET, *Grégoire le Grand*, Col.882: *Epist.* 2,35; 2, 38.

En la medida en que el hombre vigila sobre su corazón y practica las virtudes cristianas - la obediencia, la humildad, la caridad que es la ley de Cristo por excelencia -, se purifica, elimina la huella del pecado, se va asemejando a Dios y empieza a tener esa connaturalidad con El que le permite verlo de alguna manera³⁶, ya que se trata paradójicamente de ver al Dios invisible.

San Gregorio distingue la contemplación como mirada de fe, amorosa, deseosa de Dios y propia de todo cristiano y el raptó -propio de la experiencia mística-, unión con Dios que no depende del recogimiento o de la reflexión humana sino de la iniciativa divina.

La fe no es visión, la fe - como dice San Pablo - es de lo que no se ve y a través de ella el hombre se acerca a Dios en la oscuridad. Aún sin ver a Dios, el creyente debe perseverar en su deseo, en esa continua tensión entre la sed y la posesión de Dios oscura pero real que manifiesta la dimensión escatológica de la vida cristiana. Por eso San Gregorio posee la convicción de que la profundización de la fe no se da tanto por vía de especulación cuanto por vía de contemplación; en la medida en que crece la fe mediante la oración y el amor contemplativo, el hombre se adentra en el misterio³⁷. A San Gregorio pertenece la expresión, que después integrará la espiritualidad cristiana, *amor ipse notitia est*, es decir el mismo amor es conocimiento. La contemplación a la cual todo cristiano está llamado es la mirada amorosa de la fe por la cual trata de unirse a ese Dios siempre trascendente pero que siempre ejerce su influjo sobre él; es fuente de energía y reposo, mantiene vivo el deseo de Dios. Gregorio desarrolla no sólo el lenguaje de la visión de Dios sino también el de los demás sentidos espirituales: “el oído del corazón”, el “sabor de la verdad” en la cual el alma encuentra su alimento.

Por otra parte San Gregorio se refiere a los hombres que “han visto a Dios” como San Pablo o San Benito, que han experimentado el estado de éxtasis, el *raptus*: un momento breve en el cual Dios levanta el alma por encima de sus propias capacidades y le permite entrever tenuemente y por un instante algo de lo que Él es. Gregorio no se entretiene en dilucidar si el hombre puede ver a Dios cara a cara, sabe que en esta

³⁶ El principio que proviene de la filosofía griega según el cual "sólo el semejante conoce al semejante", pareciera acá encontrar aplicación. Este principio se hará explícito en la espiritualidad de San Bernardo de Claraval para quien la contemplación es preparada por la humildad y la misericordia.

³⁷ Cf M.T.ANTONELLI, *La patristica postagostiniana en Grande Antologia filosofica*, vol.3: *La patristica*, Marzorati, Milán 1973, p.381.

tierra nadie puede ver a Dios sin morir; el éxtasis sin embargo, suspende por un instante el tiempo y Dios permite gustar de manera fugaz y dulcísima algo del misterio divino. En su *Vida de San Benito*, Gregorio nos describe esta experiencia: “...por minúscula que sea la porción de luz que recibe del Creador, se le hace insignificante todo lo creado, ya que por la misma luz de esta visión interior se ensancha el horizonte del alma y se dilata de tal manera en Dios, que se hace superior al mundo: incluso el alma del vidente se eleva sobre sí misma. Y cuando en la luz divina es arrebatada sobre sí, se dilata interiormente; y en su elevación, al mirar lo que queda debajo de ella, comprende cuán poca cosa es; lo cual no podía comprender antes hallándose humillada a ras de tierra”³⁸. La contemplación, sin embargo, no puede prolongarse mucho tiempo luego que la luz divina es entrevista por el alma, su fulgor la deslumbra y la rechaza, haciéndola recaer sobre sí misma y nuevas tentaciones y sufrimientos prueban su amor y estimulan su deseo³⁹.

Gregorio encarna, lo que ha sido llamada, “una sublime modestia”⁴⁰. Su unión íntima con Dios y su capacidad de considerarlo todo bajo la luz de la eternidad, no lo replegaron en la soledad sino que posibilitaron su entrega pastoral. Permitieron que su decidida preocupación moral se dirigiera enteramente a todos para ayudarlos a vivir su vocación cristiana en la realidad de cada día, en la “inmanencia del vivir”⁴¹.

Así, este gran pontífice y hombre de profunda interioridad encontró en su continuo deseo de Dios, la luz y la fuerza para regir la Iglesia en tiempos de grandes, difíciles y dolorosas transformaciones. Acogió todo el aporte de la antigüedad, de la Biblia y de la liturgia, de Oriente y de Occidente e hizo una síntesis vital de pensamiento y santidad para contribuir a la construcción de la Europa cristiana sin perder de vista el sentido escatológico de la historia, la aurora de la eternidad.

Con su autoridad de pastor supremo nos recuerda que las adversidades de la vida consolidan nuestra esperanza en la resurrección final y que la santidad implica acción y contemplación, servicio al prójimo y vida de oración. El deseo amoroso de Dios no nos aparta de los hombres sino que es la energía eficaz para construir el tiempo con sentido de eternidad:

³⁸ *Diálogos*, II, XXXV.

³⁹ También Agustín en las *Confesiones* describe una experiencia semejante (Cf VII, 10,16).

⁴⁰ Cf ANTONELLI, *La patristica postagostiniana*, p.382.

⁴¹ *Ibidem*.

“Quien rige a los hombres debe estar tan cerca de cada uno por la intensidad de la compasión y tan elevado por encima de todo por la fuerza de la contemplación, que pueda transferir en sí, por sus entrañas de piedad, la debilidad de todos y pueda trascender, orientado hacia la búsqueda de lo invisible, toda debilidad y también la suya propia, por la altura de la contemplación. Y esto para que no le suceda de despreciar, buscando cosas sublimes, la fragilidad del prójimo, o bien de olvidar, acercándose a las frágiles miserias del prójimo, las cosas sublimes”⁴².

⁴² *Regla pastoral II, c.5.*

San Bernardo de Claraval

La voz de su tiempo

1. De Gregorio a Bernardo: configuración de la sociedad medioeval

Hoy la figura que nos ocupa es San Bernardo de Claraval, difusor, en el ámbito de la *Regla* benedictina, de la reforma monástica del Cister.

En el año 1090, Bernardo nace en Francia, en el castillo de Fontaines. Han transcurrido casi cinco siglos desde la muerte de Gregorio Magno, durante los cuales se ha ido configurando la sociedad medioeval. Luego que San Gregorio enviara sus monjes para la conversión de los pueblos anglosajones, Gran Bretaña se convirtió a su vez en el punto de partida de una nueva evangelización que se extendió por el norte de Europa. San Bonifacio -originario de Wessex, en el sur de Inglaterra- fue el gran apóstol, evangelizador y monje de Alemania. No sólo evangelizó al pueblo alemán sino que fue “el principal artífice del acercamiento de la Santa Sede al reino franco y a los países alemanes, así como de la aproximación a los países latinos de aquellas razas germánicas que daban entonces sus primeros pasos por el camino de la civilización cristiana”⁴³.

Por otra parte, el imperio romano de Oriente, encerrado entre los pueblos bárbaros convertidos al cristianismo y la presión del mundo islámico, sufrió un proceso de helenización⁴⁴. Entre Occidente y Oriente se dio un progresivo alejamiento político, religioso, cultural. En la medida en que el imperio se dividió, Oriente volvió a su tradición: la cultura griega asimilada por el imperio romano, se impuso de nuevo lentamente desde las clases más humildes a la nobleza quienes retomaron sus antiguas costumbres, sus ritos, la lengua. Oriente adquirió una fisonomía propia; la antigua Bizancio que era ya un centro geográfico y político importante, se convirtió también en centro literario. Se empezó a hablar no ya del imperio romano de Oriente, sino del imperio bizantino.

Por su parte, los patriarcas de la Iglesia Oriental se alejaron cada vez más de la autoridad de Roma protegidos por los mismos emperadores de

⁴³ G. SCHNÜRER, *La Iglesia y la civilización occidental en la Edad Media*, Ediciones Fax, Madrid 1955, p.416. San Bonifacio fundó el célebre monasterio de Fulda que fue durante siglos el centro de la vida cultural y religiosa en Alemania.

⁴⁴ Constantinopla logra detener cuatro intentos de la flota árabe por tomar la ciudad. Así el flanco oriental de Europa permanece cerrado a los árabes.

Bizancio quienes, aún bajo el régimen cristiano, no renunciaron nunca a las prerrogativas de orden religioso que les correspondieran en época del paganismo⁴⁵. Este progresivo alejamiento político, cultural y religioso entre Oriente y Occidente explica el cisma de la iglesia de Oriente en el año 1064.

En Occidente, en cambio, el Papa adquirió una autoridad moral indiscutible y se convirtió en punto de referencia para todos. Por su parte, los francos, los primeros en convertirse al cristianismo con su rey Clodoveo⁴⁶, empezaron a desempeñar un papel fundamental en la difusión y defensa de la nueva fe. Cuando en el año 622, comienza la conquista árabe, el Islam se difunde desde Arabia hacia el norte. Omar, sucesor de Mahoma, conquista Damasco, Jerusalén y Antioquía, y luego hacia el sur Egipto, Persia y el norte de África. Su imperio se extiende desde Córdoba a Bagdad y desde Antioquía al Cairo. A principios del siglo VIII, los árabes vencen a los visigodos, avanzan hasta los Pirineos y suben hasta el centro de Francia. Entonces Carlos Martel, abuelo de Carlomagno, detiene su expansión, vencéndolos en la famosa batalla de Poitiers, en el 732, impidiendo que los árabes acaben con la cultura cristiana como ya había sucedido en el norte de África y en el sur de España⁴⁷.

La presencia de los árabes en Europa ejerció un doble influjo: por una parte, fue una amenaza permanente para el cristianismo y por otra, estimuló la unión de los países europeos occidentales, contribuyendo a la nueva cultura que se iría gestando bajo el dominio de los carolingios. Al ataque islámico, sucedieron los normandos que incursionaron por Gran Bretaña, Galia, llegando a Italia y Grecia, y los pueblos eslavos, magiares y mogoles que fueron detenidos por las tropas de Carlomagno.

En una Europa continuamente atacada por distintos pueblos, surgió una nueva estructura social, militar y feudal en la que el gobierno pasó a manos de los señores locales -asociados entre sí, bajo el mando de superiores y unidos a la vez bajo el rey- que formaron una clase guerrera para defenderse del enemigo.

Los francos convertidos al cristianismo y protagonistas de la hazaña de haber detenido el avance del mundo árabe en Europa, adquirieron un

⁴⁵ Cf *Ibid*, p.420. Además la doctrina cristiana había sido impuesta coactivamente a las poblaciones en donde el paganismo, reforzado por el prestigio de la cultura helenística, tenía raíces muy hondas.

⁴⁶ Este rey fue bautizado por el célebre obispo San Remigio.

⁴⁷ San Agustín fue uno de los principales artífices de la Iglesia en África.

gran influjo político. Así, cuando el papa sin fuerzas políticas ni militares para resistir a la presión extranjera, se vio amenazado por los longobardos que pujaban por invadir Roma, recurrió a la ayuda de los reyes francos. Estas circunstancias explican el origen de los Estados pontificios. Pipino el Breve, hijo de Carlos Martel y padre de Carlomagno, entregó al pontífice los territorios del antiguo exarcado de Ravena conquistados a los longobardos para que tuviera la autoridad de un jefe de estado. Desde ese momento, mientras el rey franco se comprometía en proteger al supremo pastor y le prometía obediencia y éste quedó subordinado a la ayuda del rey.

En este contexto nace el imperio carolingio. A la muerte de Pipino el Breve, consagrado por el papa como patricio romano, le suceden sus hijos Carloman y Carlos. En la Navidad del año 800, éste es coronado como emperador romano en la basílica de San Pedro por León III en reconocimiento a los servicios prestados a la Iglesia y se convierte en el defensor del mundo cristiano en Occidente.

Si bien Carlomagno durante su reinado trató de corregir muchos abusos, su concepción del poder político dio lugar a confusión entre religión y política. Para Carlos, el soberano había recibido una investidura por parte de Dios, gozaba de una posición particular en el cuerpo cristiano, había sido objeto de privilegios excepcionales y debía por lo tanto corresponder con energía a tales favores, ayudando a la difusión del cristianismo con las armas, conduciendo a los eclesiásticos a la conciencia de sus obligaciones y estableciendo disposiciones de carácter social⁴⁸. Investido de esta misión, Carlomagno se consideró enteramente libre de disponer de las propiedades de iglesias y monasterios, distribuyó cargos episcopales y abaciales con la misma arbitrariedad con que dispuso de los bienes vinculados a ellos. Se hizo muy raro que las dignidades abaciales fuesen provistas conforme a las disposiciones monásticas. Además, cuando el soberano reclamaba ayuda militar, el abad o el obispo debían poner a su disposición tales fuerzas ya que Carlomagno exigía que tuvieran sus tropas y participaran en la vida militar y de corte. También los monasterios estaban obligados a dar hospitalidad no sólo al rey y a su séquito sino a aquéllos que estuvieran autorizados, como “servicio al rey”.

⁴⁸ P. BREZZI, *Il pensiero politico cristiano* en Vol. 5: *Il pensiero cristiano*, Marzorati, Milán 1973, p. 813.

Así los monjes que se habían retirado del mundo, se encontraron participando de problemas temporales, políticos y militares. Muchas reformas que había promovido San Bonifacio durante el siglo VII, precisamente para evitar abusos y deslindar el ámbito temporal del monástico y eclesiástico, desaparecen.

La sociedad se consolida en base a principios cristianos, se estructura con el apoyo de Carlomagno que impulsa una renovación cultural conocida como el renacimiento carolingio y que favorece un gran desarrollo de las ciencias y las artes pero, al mismo tiempo, la Iglesia se ve cada vez más absorbida en lo temporal. Se suele decir que ya a partir de Constantino se pasa progresivamente de la Iglesia misterio a la Iglesia imperio.

Con la muerte de Carlomagno, sus sucesores no responden al ideal del soberano que defiende la cristiandad; la nobleza feudal domina Roma, eligiendo y deponiendo a los papas. Así el siglo X es conocido como la Edad de hierro del pontificado. Se necesita una reforma eclesiástica que abrace también la vida monástica.

2. La reforma eclesiástica. El Cister

La reforma parte del ámbito monástico a través del monasterio de Cluny. San Berno y doce monjes fundan en el año 910 este monasterio que dará vida a la más poderosa familia monástica que hasta entonces hubiera existido en la Iglesia. Cluny surge en el momento más crucial de las investiduras laicas. Abogó por una cierta independencia de las influencias seculares, pero la independencia había de ser en el orden político y eclesiástico más que en el del espíritu. Si bien Cluny salvó a la Iglesia de los peligros de su época más oscura, y dio lugar a un gran florecimiento de las artes y de las letras, en la práctica los monjes ya no llevaron la vida oculta, simple y solitaria que San Benito había establecido para conducirlos a la contemplación⁴⁹.

Por su parte, Hildebrando, proveniente del monasterio de Cluny, colaborador y consejero de papas, accede en el año 1073 a la cátedra de Pedro con el nombre de Gregorio VII, y emprende la reforma que lleva su nombre. La reforma gregoriana trató de distinguir lo temporal de lo religioso. Frente al grave problema de las investiduras de las sedes otorgadas por príncipes y reyes, Gregorio defendió la independencia de la autoridad papal⁵⁰, mostrando su carácter supratemporal y que el papa era

⁴⁹ Cf T. MERTON, *Las aguas de Siloé*, Ediciones Sudamericana, Buenos Aires 1952, p.45.

⁵⁰ Gobernó hasta el año 1085 y luchó también contra la simonía y la relajación del clero.

el último responsable en el ámbito eclesiástico. Los monarcas a su vez, tuvieron que respetar la autoridad del papa en cuanto príncipes cristianos responsables de sus pueblos⁵¹.

En este marco de reforma eclesial se coloca el monasterio de Cister. A fines del siglo XI surgen hombres que desean volver a la pureza de la antigua vida monástica. Es un siglo de experimentos y pruebas: “Este fermento de la reforma monástica que había traído a la existencia tantas nuevas comunidades, culminó con la fundación de un monasterio, el de Cister”⁵². Frente a la secularización, esta nueva fundación expresa la exigencia de volver al espíritu genuino de la vida cenobítica⁵³, retomando la vida común según la *Regla* de San Benito que desde los siglos VIII y IX habían adoptado casi todos los monasterios de Occidente.

¿En qué consistió esta voluntad de retorno a los orígenes? Los hombres que promovieron este movimiento de reforma estuvieron animados por la convicción de que se podía vivir una vida de oración, de austeridad y pobreza al margen de los asuntos temporales tal como lo había hecho San Benito en el ámbito de la romanidad decadente.

El Cister nace en la Borgoña francesa en una zona de tierras pantanosas, cubiertas de juncos, que los mismos monjes desecaron⁵⁴. Sus fundadores -Roberto de Molesmes, Alberico y Esteban Harding- no pretendieron aplicar la letra de la *Regla*, sino volver a su espíritu⁵⁵, a través de un ideal de ascetismo, de mortificación y de apartamiento del mundo⁵⁶.

Este modo de vida tan austero revaloriza la sencillez de la liturgia primitiva, la pobreza y el trabajo manual a diferencia de los monasterios benedictinos que se habían enriquecido, mitigando la *Regla* y permitiendo ropas lujosas y comidas succulentas; por otra parte, los monjes habían abandonado el trabajo manual y prolongado el oficio divino

⁵¹ Esta reforma implicaba una espiritualidad fundada en la encarnación del Verbo: Dios omnipotente se hizo hombre débil, pobre, sin poder para dar a todos los que tienen algún poder el coraje de imitarlo.

⁵² MERTON, *Las aguas de Siloé*, pags. 45-46.

⁵³ Cenobio proviene de "koinonía", vida común, comunión, comunidad.

⁵⁴ Se supone que el monasterio tomó su nombre de *citels*, juncos, en dialecto borgoñon.

⁵⁵ La *Regla* admitía que se recibieran niños en el monasterio, el Cister en cambio recibe sólo adultos. Por otra parte, en la *Regla* de San Benito no figuran los conversos, hermanos que realizan tareas en el monasterio pero no participan de la totalidad de la vida monástica.

⁵⁶ El espíritu del Cister participa de la experiencia de los Padres de la Iglesia y de Casiano, uno de los primeros escritores monásticos.

cuatro o cinco veces más de lo prescrito por San Benito. Al abrazar la pobreza y el trabajo, los cistercienses quisieron no sólo volver a la *Regla* y al Evangelio, sino también rechazar la desordenada riqueza de muchas abadías feudales.

En los primeros años de fundación, esta nueva forma de vida corrió el riesgo de extinguirse y se debe a San Bernardo no sólo su continuación sino su difusión y su extraordinaria vitalidad. Por eso la historia del Cister está íntimamente vinculada al abad de Claraval quien, si bien no es su iniciador, pasó a la historia como su segundo fundador.

3. Bernardo de Claraval. Su vida y su influjo

Con San Bernardo y los cistercienses nos encontramos, por primera vez, ante lo que podemos llamar una escuela de espiritualidad. Luego de estos largos siglos que constituyen la Edad Media, no sólo hallamos reglas monásticas⁵⁷, sino también un estilo de vida interior.

San Bernardo, hombre de acción y místico, enseña un nuevo modo de vivir el cristianismo, imprimiéndole su estilo inconfundible: infunde a la vida monástica toda su personal experiencia de la miseria del hombre, imagen de Dios deformada por el pecado, y de la misericordia infinita de Jesucristo que viene a restaurarnos. Experiencia que comunica a sus contemporáneos y transmite a la posteridad a través de su gran obra de predicación.

Bernardo pertenece a una familia feudal. Su padre Tescelino era vasallo del duque de Borgoña y su madre, Aleth, una verdadera cristiana que ejerció gran influjo en su familia y especialmente sobre Bernardo. En una época en que se consolidan las instituciones de canónigos, Bernardo realiza sus estudios en la escuela de Saint-Vorles, ubicada cerca de la casa paterna, donde recibe una formación más literaria que filosófica y donde aprende a amar sobre todo a los poetas, que citará frecuentemente en sus obras. Estos estudios, unidos a sus dotes innatas, hacen de él un gran escritor y un predicador excepcional.

Cuando Bernardo tiene diecisiete años muere su madre, dejando una impronta viva en su corazón y en su sensibilidad. Su presencia lo acompañará y lo sostendrá en los momentos decisivos de su vida⁵⁸ y ciertamente influyó en su vocación. Bernardo no quiso seguir la carrera

⁵⁷ Las grandes reglas de la antigüedad son las de San Basilio, San Agustín y San Benito.

⁵⁸ Cf E. VACANDARD, *Saint Bernard. Abbé de Clairvaux*, t. I, Gabalda Ed., París 1920, p.6.

militar y ninguna otra temporal; finalmente decidió entrar en el Cister. Se reunió con otros jóvenes deseosos como él de abrazar este género de vida, mostrando desde un comienzo ese celo apostólico que lo consumió hasta el final. Durante seis meses, como Agustín en Casiciaco antes de su bautismo, se retira con sus compañeros en una localidad cercana - Châtillon sur Seine- para llevar una vida apartada y de reflexión.

Al cabo de este tiempo, junto a casi todos sus hermanos, con alguno de sus tíos, con varios primos -unos treinta hombres-, Bernardo llama el domingo de Pascua de 1112 a las puertas del Cister para empezar este nuevo modo de vida. Tres años después es enviado como abad en la fundación del nuevo monasterio de Claraval donde permanecerá hasta su muerte en 1153, durante casi cuarenta años.

Bernardo es por temperamento absoluto, austero, y en los comienzos de su vida monástica, impone una mortificación total a sus sentidos: se dice que ignoraba las cosas que lo rodeaban. Sus privaciones lo llevaron a arruinar su salud⁵⁹; sin embargo su debilidad no le impidió someterse al rigor de la *Regla* y siendo abad no impuso nunca su austeridad a los demás, conciente de ser él, una excepción⁶⁰.

Este estado de fragilidad física lo acompañó toda su vida, pero la fortaleza de su espíritu era tal que su salud nunca fue un obstáculo para la actividad apostólica infatigable que habría de desplegar durante más de treinta años. Claraval se constituyó en la cabeza de numerosas fundaciones que se extendieron durante su abaciado por toda Europa y a su muerte dejó innumerables monasterios, fruto de su extraordinaria capacidad de irradiación.

Participó además en todos los grandes acontecimientos de su tiempo. Si bien era un contemplativo, fue también un hombre de acción y toda su vida estuvo sellada por una oscilación continua entre la actividad y la contemplación; entregado a la soledad y el silencio monásticos y a todos los compromisos y exigencias que lo reclamaban en la vida pública. Mantuvo una gran correspondencia y conoció prácticamente a todas las grandes personalidades de su tiempo. Trató con los reyes de Francia, con los emperadores de Alemania, los papas y obispos de su tiempo.

Un acontecimiento significativo y ejemplar de su presencia en la vida eclesial y política, es su intervención a propósito del cisma del año 1130. A

⁵⁹ Junto a su sitial de abad estaba cavado un hueco, por los vómitos que sufría debido a su enfermedad de estómago.

⁶⁰ LECLERCQ, *San Bernardo. La vita*, Jaca Book, Milán 1989, p.42.

la muerte de Honorio II, dos sucesores son elegidos casi simultáneamente: Inocencio II y Anacleto II. Esta situación divide, como todo cisma, a los cristianos entre sí y es necesario dilucidar la legitimidad de la elección. El rey de Francia convoca el concilio de Etampes y llama a Bernardo quien no duda en reconocer a Inocencio II como legítimo sucesor. La voz del santo abad es la que todos escuchan y a la cual se someten. Bernardo defenderá a Inocencio II durante todo su pontificado y cuando posteriormente éste se verá de nuevo expulsado de Roma y Anacleto II intentará ocupar su lugar, dejará una vez más su monasterio y hablará.

El abad de Claraval no sólo defiende el papado sino también los derechos de los obispos frente a la prepotencia de los reyes. Cuando el obispo de París y el obispo de Sens son atacados por el rey que confisca sus tierras, no tiene ningún respeto humano en defender la verdad, habla claro, con respeto pero con valor. No hay ninguna autoridad temporal ni eclesiástica ante la cual retroceda cuando es necesario defender la causa de Jesucristo.

Al servicio constante de la Iglesia, Bernardo está allí donde ella lo necesita. Más aún, en un mundo en el que la espada se encuentra muy al alcance de la mano y se quiere recurrir a las armas para defender a la Iglesia, usará siempre la persuasión, resolviendo todos los litigios a través de su palabra.

Hasta la muerte de Inocencio II y durante los pontificados sucesivos, Bernardo estará estrechamente ligado a los asuntos eclesiales en Roma y en otros países: Alemania, España, Inglaterra, Francia. De todas partes se lo consulta para las elecciones episcopales, para los conflictos que surgen entre los monasterios y las iglesias, entre clérigos y laicos. En 1145 accede al papado un antiguo monje suyo con el nombre de Eugenio III. Bernardo lo conoce bien, ha sido su discípulo, y a él dirigirá su conocido tratado *Sobre la consideración*. El vínculo que los unirá será tan profundo y el abad de Claraval tan fiel en compartir la responsabilidad del pontífice que se llegará a decir que el verdadero papa es él. Esta íntima unión con el papado señala una última etapa en la vida del santo.

En 1144, los turcos reconquistan la ciudad de Edessa y las colonias cristianas de Oriente se ven amenazadas por la invasión musulmana. El rey de Francia Luis VII ve la necesidad de detener este peligro; Eugenio III decide la segunda cruzada y pide a Bernardo que la proclame durante la asamblea que se realizará en la Basílica de Vézelay el 31 de marzo de 1146. Una lápida recuerda hoy aquel día en que el santo abad convocó por primera vez al pueblo cristiano.

Bernardo concibió la cruzada como un acontecimiento religioso, una ocasión para los cristianos de redimir sus culpas. Con profundo fervor predicó en Francia y Alemania y su predicación fue una verdadera misión, acompañada por numerosos milagros; cuentan los biógrafos que curó ciegos, parálíticos, sordos, e incluso resucitó un muerto. Su palabra conmovía a todos y las madres trataban de sustraer a sus hijos a su influjo irresistible.

Por otra parte, para evitar desórdenes, Bernardo recomienda prudencia en la empresa; sin embargo la cruzada se reveló un fracaso. Muchos participaron movidos por un ideal cristiano, pero otros fueron por deseo de aventura, para enriquecerse y por ambición de poder. Los príncipes se dividieron y abandonaron la causa, la gente simple se escandalizó; algunos aprovecharon la ocasión para murmurar contra Dios. Bernardo se convirtió en blanco de las críticas; se alegró sin embargo que estuviesen dirigidas a su persona y no al sumo pontífice, considerándose como un escudo que protegía la Iglesia. Hasta el final de su vida será árbitro en los conflictos y artífice de paz.

Pero si Bernardo estuvo comprometido en estos grandes acontecimientos de la Europa cristiana, también participó en las grandes controversias doctrinales. La más conocida es la que sostuvo con Abelardo⁶¹, representante de las nuevas tendencias filosóficas. Abelardo trata de comprender el misterio mediante la exigencia especulativa de la razón, preparando el advenimiento de la escolástica con su famosa obra *Sic et non*. El abad de Claraval en cambio es el defensor del misterio, el “último de los Padres y no inferior a los anteriores”. Representa la cumbre de la teología monástica más meditativa que especulativa, alimentada sobre todo por la lectura y la meditación de la Palabra de Dios. Bernardo piensa y habla como la Escritura⁶².

En su interpretación de la Trinidad y otros misterios de la fe, Abelardo se revela demasiado audaz para su tiempo y Guillermo de Saint Thierry ve en él, el peligro de racionalizar el misterio: pide al abad de Claraval, su amigo, que intervenga para salvaguardar la integridad de la doctrina cristiana. En el concilio de Sens (1140) Abelardo no se retracta de sus afirmaciones y finalmente es condenado. Sin embargo, estos dos hombres, Abelardo y Bernardo, que los modernos han querido presentar como enemigos irreconciliables, son ante todo cristianos unidos por un

⁶¹ Bernardo participa también en la disputa de Gilberto de la Porrée y en la de Arnaldo de Brescia.

⁶² Los monjes hablan de la rumiación de la Escritura: la Palabra de Dios es leída y meditada, asimilada y hecha vida. Sus escritos son el fruto de ese contacto con la Biblia

mismo amor a la verdad en el seno de la Iglesia. Se ha dicho que Abelardo tuvo la humildad necesaria para retractarse y Bernardo la exquisita caridad de facilitar su reconciliación⁶³.

Partícipe de los grandes acontecimientos de su tiempo, Bernardo es siempre el mismo, ni un filósofo ni un teólogo ni un político, es un hombre enamorado de Dios y al servicio de la Iglesia, un místico que contempla el misterio para iluminar la historia humana con la luz divina.

4. La clave de su vida

Este celo apostólico que Bernardo despliega, esta capacidad contemplativa que lo acompaña siempre encuentran su fundamento en dos virtudes principales: la humildad y la caridad. Durante toda la vida estuvo combatido por estas dos fuerzas contrarias⁶⁴: la humildad que lo llevaba a desconfiar de sus fuerzas y de su posibilidad de hacer algo útil para los demás y la caridad que lo movía a socorrer a quien solicitaba su ayuda.

4.1. El camino de la humildad

La primera obra que San Bernardo escribe, trata precisamente *Sobre los grados de la humildad y de la soberbia*⁶⁵. Si bien éste es el único tratado específico sobre el tema, la humildad aparece como *leit motiv* en todas sus enseñanzas; es la gran virtud que él vive y sobre la cual medita.

¿Cuál es la originalidad de esta obra? Bernardo la concibe en dos partes: la primera, teórica; la segunda, más práctica. Considera ante todo el recorrido del hombre a Dios, tratando la humildad en sentido amplio: abarcadora del conocimiento de sí, -y ésta es la humildad propiamente dicha-, del conocimiento del prójimo traducido en compasión y por último, de la contemplación como conocimiento de Dios.

Si frente a los defectos ajenos, el primer movimiento es la impaciencia y la indignación, el conocimiento de sí y el padecer por los propios defectos, nos lleva al verdadero conocimiento del prójimo y mueve a la compasión: la misericordia sustituye a la ira. Este conocimiento de sí y del prójimo, manso y compasivo, conduce al conocimiento

⁶³ Cf LECLERCQ, *San Bernardo*, p.140.

⁶⁴ Tal es la opinión de Jean Leclercq, reconocido monje benedictino, estudioso de San Bernardo y autor de la edición crítica de sus obras.

⁶⁵ Esta obra es un comentario al capítulo VII de la *Regla* de San Benito que trata sobre la humildad.

amoroso de Dios, pues la participación en los sufrimientos y sentimientos de los demás es “una excelente preparación para el conocimiento místico de Dios, en la oscura ‘simpatía’ del amor infuso. Después de todo, la contemplación es un conocimiento íntimo de Dios que fluye de una amante unión con su voluntad”⁶⁶. A esta unión de voluntades humana y divina, prepara la unión con los demás hombres.

Este proceso en tres etapas es una dilatación de la propia existencia que nos aleja del egoísmo inicial en que nos colocó el pecado original y nos abre progresivamente a la fraternidad con los demás. Es un camino que parte del individualismo egoísta para llegar - dicho en términos actuales- a través de la solidaridad misericordiosa, a la unión amorosa con Dios.

En la segunda parte del tratado, Bernardo afirma que sólo se puede escribir de lo que se conoce por experiencia y se detiene sobre la soberbia para iluminar la humildad. Así como para ir a Roma el camino es el mismo que para regresar, Bernardo describe el alejamiento de Dios por la soberbia como el camino que habrá que desandar para retornar al Señor mediante la humildad. El hombre, hecho a imagen de Dios, se aleja de Él, atraído por las creaturas, se vuelca hacia las cosas exteriores, ignorando lo que sucede en su interior, sin reconocer sus vicios, ni conocer sus virtudes. Esta curiosidad es distracción y olvido de sí. En un segundo momento la ignorancia se conforma como concepto erróneo de sí: el hombre cree ser algo, prescindiendo de Dios. El grado supremo es la curiosidad de Lucifer quien en su maliciosa ignorancia desconoce la sabiduría y omnipotencia de Dios; quiere sustituirlo y ocupar su lugar, cree en su propia omnipotencia y omnisapiencia⁶⁷.

Con notable capacidad de observación e ironía, Bernardo traza luego verdaderas caricaturas de monjes soberbios: el jactancioso, el superficial, el tontamente alegre desfilan ante nuestros ojos hasta llegar a aquél que ha caído en el máximo desconocimiento de sí, del prójimo y de Dios, y termina en la desesperación. Llegado a este extremo y alejado de todo punto de referencia, el soberbio pierde el camino del retorno. ¿Qué se puede hacer por

⁶⁶ MERTON, *Las aguas de Siloé*, p.64.

⁶⁷ Bernardo observa: "Oh, Lucifer (...) ahora ya no eres lucífero; eres noctífero y mortífero" (*Sobre los grados de la humildad y la soberbia*, X, 38). Lucifer, etimológicamente, significa *el que lleva la luz*; Noctífer *el que lleva la noche*. Lucifer en cuanto ha querido reemplazar a Dios, introdujo en el mundo la oscuridad del pecado y la realidad de la muerte.

él? Sólo rezar ya que solamente la misericordia de Dios es capaz de romper la cárcel de aislamiento en la cual él mismo se ha encerrado.

4.2. *El amor a Jesucristo*

Si la humildad resume un aspecto de la espiritualidad de San Bernardo, no tendríamos una idea completa si no hiciésemos referencia al amor de Dios que hizo de él un místico y un predicador infatigable. Dos obras principales sintetizan su enseñanza sobre el tema: el tratado sobre *El amor de Dios* y su gran *Comentario* inconcluso al *Cantar de los Cantares*. El amor es a la vez deber y aspiración del corazón humano y sólo Dios es el objeto capaz de colmarlo; sin Él, la vida se convierte en un vagar desordenado de creatura en creatura, siempre insatisfecho y siempre inquieto, y caemos en el “circuito de los impíos”⁶⁸. Este amor de Dios se inclina ante la miseria del hombre pecador; la miseria humana llama a la misericordia divina que se adelanta a su creatura, previéndola en la obra de la creación y de la redención.

Dios nos manda a su Hijo, el Verbo encarnado, el Verbo ‘abreviado’, la Palabra contraída en nuestra humanidad, pequeña y humilde para adecuarse a nosotros. Quien se deja atraer por la gracia divina sube a través de Cristo “nuestra escalera” hacia la contemplación de Dios; por Él volvemos al Padre del cual nos hemos separado a través del pecado, alejándonos de la condición de miseria en la que éste nos arrojó.

Este camino de retorno es lento, gradual y pasa necesariamente a través de la meditación e imitación de los misterios de Cristo. El Verbo es la imagen de Dios y al encarnarse es imagen del hombre reconciliado con Él; como cabeza de la humanidad, asume nuestra naturaleza y destino, restituyéndonos la posibilidad de volver al Padre. “Jesús es miel en la boca, melodía en el oído, júbilo en el corazón”, es luz que nos ilumina y alimento que nos fortalece⁶⁹. Mediante la memoria de su pasión y la contemplación de su gloria, mediante la lectura asidua de la Biblia y la mortificación de toda forma de egoísmo, alcanzamos un amor cada vez más puro. Bernardo distingue los grados de esta ascensión: el alma ‘encorvada’ bajo el peso del pecado y herida por el deseo desordenado de felicidad rectifica, bajo la acción de Dios, sus afectos. Partiendo del amor de sí, a través del amor de Dios por sí y el amor de Dios por Dios, llega al amor de sí por Dios. Este último grado es difícil de alcanzar en esta vida y

⁶⁸ *Libro sobre el amor de Dios*, VII,19.

⁶⁹ *Cantar de los Cantares*, *Sermón*, 15, 6.

sólo por breves instantes el hombre experimenta ser un solo espíritu con Dios, como la gota de agua que se mezcla con el vino o como el hierro que se vuelve incandescente con el fuego o el aire transido por la luz. “Amar así – nos dice Bernardo - es ser deificado”⁷⁰.

La dulzura del amor divino recorre sobre todo los últimos *Sermones sobre el Cantar de los Cantares* en los que el alma purificada y transformada en esposa de Dios, supera las posibilidades humanas. El Señor viene a su encuentro para unirla a Sí y hacerla vivir a la sombra de Cristo en la fe hasta visitarla e invadirla totalmente con su presencia, y suscitar en ella sentimientos de gratitud y admiración. Esta recíproca efusión genera un verdadero estado de ebriedad espiritual y si bien las visitas del Señor son breves, sus efectos son perdurables⁷¹.

Esta unión del Verbo con el alma es expresión y manifestación de la unión de Cristo con su Iglesia, lugar donde el hombre pecador encuentra a su Salvador, esposa de Cristo que posee el Espíritu santificante. De ahí la continuidad que se da en Bernardo entre contemplación y acción: cuando se retira en el silencio de la contemplación y cuando se entrega generosamente al servicio de la Iglesia no hace sino responder al mismo amor que no puede estar ocioso y lo solicita e impulsa hacia las cosas que conciernen a Dios⁷².

4.3. *Devoción mariana*

Si el abad de Claraval ocupa un lugar importante en la historia de la espiritualidad, su fama se debe no sólo a sus tratados y sermones sino también a los textos dedicados a la Virgen Madre. Bernardo es conocido como el trovador de María, porque si bien no escribió muchos textos marianos, escribió más y mejor que otros importantes autores de su tiempo⁷³. María es considerada a la luz de la economía de la salvación en estrecha relación con Jesucristo: “Se compara a María oportunísimamente con una estrella porque así como la estrella despide el rayo de luz sin corromperse, así sin daño ninguno dio a luz la Virgen a su Hijo. Ni el rayo disminuye a la estrella su claridad ni el Hijo a la Virgen su integridad”⁷⁴.

⁷⁰ *Libro sobre el amor de Dios*, X, 26.

⁷¹ J. LECLERCQ, *San Bernardo. La vida*, Jaca Book, Milán 1989, p.149.

⁷² Cf *Cantar de los Cantares, Sermón 57,9*.

⁷³ En la liturgia de las horas, a propósito de las fiestas de la Virgen, encontramos frecuentemente textos de San Bernardo, autor mariano por excelencia.

⁷⁴ *Homilías sobre la Virgen Madre*, 2, 17.

María ocupa un lugar privilegiado en la Iglesia y es la síntesis de todas las virtudes; en ella, Dios se complació y la eligió como Madre, adornándola de la misma virginidad y humildad con que se vestiría su Hijo, y de la fecundidad y solicitud amorosa de la maternidad divina.

Desde su juventud, Bernardo plasma su gran amor a la Virgen en un comentario al Evangelio de San Lucas, las *Homilías sobre la Virgen Madre*⁷⁵, donde funde su personal y humana experiencia de amor materno y su devoción mariana. Para designar a María se sirve de imágenes bíblicas: la “zarza ardiente”, la “vara de Arón”, la “mujer fuerte” que aceptó libremente la responsabilidad de la encarnación y soportó generosamente el dolor de la pasión. Bernardo usa además la imagen del “acueducto”: María, mediante su Hijo, lleva la gracia de Dios desde el seno de la Trinidad hasta el corazón del hombre.

Si el temor a Jesucristo, nuestro Dios y juez, puede habitar en nosotros, nunca podremos temer a la Virgen Madre siempre mansa, suave y compasiva, nuestra abogada, la reina madre que intercede a los pies del Hijo y sabe que Él nunca le va a negar nada pues es mediadora eficaz. Con su lenguaje de poeta y de místico, Bernardo sintetiza el significado de la presencia de María en la historia de la humanidad y en la nuestra singular, invitándonos a recurrir a ella con la seguridad de encontrar siempre su amabilísima condescendencia. En todas las borrascas y tempestades, en las tentaciones, en las tristezas, en los combates, en los peligros, en las angustias, en las dudas, Bernardo nos reitera: “Piensa en María”, “Invoca a María”. Y nos asegura: “Si ella te tiene de su mano no caerás, si te protege no tendrás que temer, si te fatigas es tu guía, llegarás con ella felizmente al puerto si te ampara y así en tu corazón experimentarás cuánta razón tuvo el que dijo: y el nombre de la Virgen era María”⁷⁶.

Así Bernardo nos enseña a encontrar en la Madre de Dios, refugio, ayuda y consuelo para llegar a la meta deseada a la que su Hijo nos llama.

⁷⁵ Esta obra es conocida también como *Alabanzas a la Virgen Madre*.

⁷⁶ *Homilías sobre la Virgen Madre*, 2, 17.

San Francisco de Asís

Una nueva presencia de Jesucristo en la historia

Con San Francisco se rompen nuestras categorías habituales, pues en él irrumpe con particular transparencia toda la novedad de la vida divina. La afirmación de que nadie como Francisco vivió de modo más semejante a Jesucristo se hace patente a nuestros ojos.

Sus obras escritas son pocas; no fue pontífice ni siquiera sacerdote⁷⁷; en sentido estricto, tampoco fue propiamente un fundador. Sin embargo, luego de siete siglos de su muerte, los franciscanos siguen siendo una de las órdenes más numerosas del mundo y Francisco sigue atrayendo a hombres y mujeres de toda condición y creencia: artistas y políticos, apóstoles y místicos; cristianos y ateos⁷⁸. Su irradiación permea todos los ámbitos de la realidad, es universal, porque el santo de Asís ha dejado a la posteridad sobre todo un espíritu, el evangelio desnudo y puro, comunicado a otros hombres que sólo han deseado seguir sus pasos, ser imitadores suyos como él lo fue de Jesús.

La obra de San Francisco es su vida. Una obra maestra en la historia de la Iglesia y de la espiritualidad: una nueva presencia de Jesucristo en los siglos XII- XIII⁷⁹.

1. Un período de transición: hacia el final de la Edad Media

San Francisco nace aproximadamente en 1182 y pertenece a ese momento final de la Edad Media en el cual empieza a aflorar el alma propiamente cristiana, en que se da “un fresco florecer de cultura y de arte” luego de un largo período de expiación en el que la penetración del cristianismo extirpó las dolencias espirituales de la antigüedad⁸⁰.

La Edad Media fue, en un comienzo, un período en el cual el cristianismo tuvo que enfrentarse con los pueblos bárbaros, un período de luchas en el que los principales evangelizadores fueron monjes; un

⁷⁷ Francisco, por humildad, aceptó ser solamente diácono.

⁷⁸ Basta pensar en el nombre elegido en 2013 por nuestro papa Francisco.

⁷⁹ Como Jesucristo, su Maestro, Francisco nos enseña con su vida y nos deja sobre todo sus palabras y hechos, recogidos y transcritos por sus discípulos.

⁸⁰ Cf G. K. CHESTERTON, *San Francisco de Asís en Obras Completas*, Vol.4, Janes Editor, Barcelona 1952, p.365.

período marcado por la crueldad y la inseguridad debido a las guerras y a la vez un tiempo de gran austeridad y severidad, de expiación y purificación. Europa, continuamente invadida, constituyó una sociedad cerrada, fortificada para la defensa; por otra parte, frente a la cultura romana desarrollada en el culto a la naturaleza y decaída precisamente en los vicios contra esa misma naturaleza, el cristianismo trató de eliminar las perversiones del paganismo, indicando una meta que no era terrena y anunciando -como dice Chesterton- la “buena nueva” del pecado original⁸¹. El cristianismo mostró los límites de la naturaleza herida por el pecado y la necesidad de la gracia para ser sanada. Trató de borrar los vestigios del pecado para que el hombre pudiera ser la “creatura nueva” predicada por San Pablo; una creatura capaz de vivir el orden de la naturaleza y de la gracia, capaz de practicar las virtudes y luchar contra los vicios.

San Francisco surge luego del ascetismo de los primeros siglos, cuando el hombre es capaz de recobrar el contacto con toda la creación según el sentido que Dios le ha dado. Señala el retorno del hombre a la naturaleza con profundo sentido religioso; inaugura un período de universal fraternidad en que los seres humanos pueden volver a mirar el cielo y la tierra sin que se despierten en ellos las pervertidas pasiones paganas: “Las flores no huelen ya a olvidadas guirnaldas recogidas en el vergel de Priapo; las estrellas no son ya señales de la lejana frigidez de los dioses, tan fríos como aquellas frías llamas. Son cosas como recién creadas, y esperando nombres nuevos de alguien que fuese a llamarlas”⁸². La mente y la imaginación de los hombres se han liberado del mundo mitológico y la naturaleza está restituida a su verdadera identidad de creatura de Dios.

San Francisco encarna este momento. Muestra el retorno a una naturaleza en la que se puede ver la presencia de Dios y en las creaturas, signos a través de los cuales Dios se comunica a los hombres⁸³.

Por otra parte la Iglesia en los tiempos de Francisco es una iglesia poderosa. Desde los tiempos de San Gregorio Magno se ha convertido en propietaria de numerosos bienes y en protagonista de importantes acontecimientos. Cuando Francisco nace, la riqueza es uno de los principales obstáculos para su expansión espiritual. Los obispos, verdaderos señores

⁸¹ Cf *Ibidem*, p. 367.

⁸² *Ibidem*, p.373.

⁸³ Cf L.M. ETCHVERRY BONEO, *San Francisco de Asís*, Reunión ordinaria de 3ª categoría, 4 de octubre de 1966. Pro-manuscrito.

feudales, poseen vastos territorios y numerosos vasallos y en el ejercicio y defensa de sus derechos muchas veces recurren a la fuerza en detrimento de su ministerio pastoral. Algo análogo sucede en los monasterios donde la abundancia de bienes lleva frecuentemente al relajamiento de la disciplina. La atracción de la riqueza y no el amor a la virtud es el motivo para abrazar la vida eclesiástica. Por lo mismo muchos sostienen que las riquezas son la causa principal de los males de la Iglesia⁸⁴, suscitando movimientos de reforma dentro y fuera de ella. Como ya vimos, San Bernardo defiende ardientemente una vida monástica pobre y austera y así invita a obrar a Eugenio III. Por otra parte surgen también movimientos heréticos y revolucionarios: los valdenses⁸⁵, los albigenses⁸⁶, el movimiento popular de Arnaldo de Brescia⁸⁷. En todas partes se ve la necesidad de volver a la simplicidad de los orígenes. Se percibe que el poder temporal y material, más que favorecer la tarea y la misión de la Iglesia, la entorpecen.

En estas circunstancias se ubica San Francisco con un profundo sello eclesial. Su misión será la de liberar a los hombres de su tiempo del apego a los bienes materiales y enseñarles la libertad de los hijos de Dios. Su influjo alcanzó a clérigos, religiosos, laicos; penetró en los palacios y en los más diversos sectores de la sociedad produciendo un extraordinario movimiento de renovación religiosa y social⁸⁸.

2. El evangelio de su vida

Dotado de una naturaleza rica y noble, Francisco posee un ánimo gentil, buen amigo, soñador, pródigo con su dinero; es un hombre de gran

⁸⁴ Cf P.POURRAT, *La spiritualité chrétienne, II: Le moyen âge*, Gabalda Editeurs, París 1951, pp.231-232.

⁸⁵ Pedro Valdo es un reformador del siglo XII que trata precisamente de abrazar la pobreza pero se separa de la fe de la Iglesia católica. Los valdenses, alejados de Lyon donde comienza el movimiento, se difunden sobre todo en el norte de Italia.

⁸⁶ Movimiento heterodoxo que se desarrolla en el sur de Francia y que sostiene una posición dualista según la cual todo lo material es pecado y lo espiritual es bueno; los albigenses prohibían el matrimonio.

⁸⁷ San Bernardo lucha contra la posición extremista de Arnaldo de Brescia quien quiere llevar a la Iglesia a una vida de pobreza pero enfrentándose decididamente con el Papa y con la jerarquía.

⁸⁸ Este movimiento de amor a la pobreza se extiende de tal manera en toda Europa que llega a los palacios reales. Tenemos el caso de Santa Isabel de Hungría y de otros santos que practicaron un desprendimiento y una pobreza excepcional, pasando su vida en dar a los pobres todo lo que tenían (cf ETCHEVERRY BONEO, *San Francisco de Asís*, p.11).

corazón. Su nombre Francisco es un apelativo de “Francés”. Su padre, Pedro Bernardone, comerciante hasta los tuétanos -poseía el sentido del negocio y sabía ganar dinero-, estableció parte de su comercio con los franceses y tenía especial simpatía hacia ese país. Cuentan que cuando Francisco nació su padre estaba ausente; su madre, conocida con el nombre de Donna Pica⁸⁹, quiso que su hijo naciera en un establo de la casa igual que Jesucristo, y fue bautizado con el nombre de Juan Bautista. Cuando su marido volvió de viaje, quiso que su hijo fuera llamado Francisco por amor a Francia. De su padre –y tal vez también por influjo materno-, el niño recibirá no sólo el nombre de “Francés” sino también el amor a la lengua francesa en la que tantas veces expresará más tarde sus efusiones místicas⁹⁰. Francisco conoció además, posiblemente en viajes en que acompañó a su padre por las regiones de la Campaña y de la Provenza y en contacto con los juglares y peregrinos que pasaban por la via Francesca, el mundo de los trovadores que cantaban su amor a la mujer ideal. Ese amor caballeresco impregnó su espíritu y más tarde Francisco se dirá -junto a sus compañeros- el juglar de Dios y elegirá como amada a *Madonna Povertà*.

El joven Bernardone siempre fue un *leader* entre sus camaradas; sobresalía naturalmente. Participó, como otros jóvenes de su tiempo y lugar, en la lucha entre la ciudad de Asís donde nació y Perusa. Hecho prisionero, rescatado por su padre, volvió enfermo a su casa con la ilusión de regresar a la batalla para realizar sus sueños de grandeza. Ya restablecido, decidió partir hacia la Pulia para luchar en favor del Papa Inocencio III⁹¹. Antes de partir tuvo un sueño en el que el Señor lo introducía en un palacio donde había una dama y armas marcadas con la cruz que el Señor le prometía en recompensa. Francisco parte seguro de volver victorioso pero en Espoleto oye la voz de Dios que lo invita a regresar para servir más al “Señor que al siervo”. Ya en Asís tiene lugar su encuentro con el leproso; Francisco comprende a qué nivel se plantea la lucha a la que Dios lo llama: no se trata de enfrentarse con otro soldado, pues la suya no es una lucha temporal sino espiritual y moral:

⁸⁹ Algunos dicen que es un apodo que indica las manías o deseos que tienen las mujeres embarazadas. Otros deducen que alude a los probables orígenes franceses de su madre, de la región de la Picardía.

⁹⁰ A propósito del conocido hecho en que Francisco depuso toda su ropa a los pies de su padre, se narra que luego se internó en el bosque helado y empezó a cantar en lengua provenzal.

⁹¹ Es el período en que combaten dos partidos: guelfos y guibelinos, los guelfos a favor del Papa, los guibelinos, del emperador.

tiene que vencerse a sí mismo. Chesterton describe magistralmente el instante en que Francisco resuelve su combate interior: “Francisco Bernardone vio que su miedo avanzaba hacia él por el camino; el miedo que viene de dentro, no de fuera, aunque se irguiera, blanco y horrible, a la luz del sol. Por una sola vez, en el largo correr de su vida, debió sentir su alma inmóvil. Luego saltó de su caballo, sin transición entre la inmovilidad y el ímpetu, corrió hacia el leproso y le abrazó. (...) dio a aquél todo el dinero que pudo; montó luego y partió. No sabemos hasta dónde llegó, ni cuál fue su pensamiento acerca de las cosas que le rodeaban; pero se dice que, al volver la cabeza, no vio a nadie en el camino”⁹². Al abrazar al leproso, Francisco, venciendo el horror que experimenta, abraza a Jesucristo en un heroico triunfo de la caridad.

A partir de este hecho empieza su proceso más intenso de acercamiento a Dios; se retira cada vez con más frecuencia en una gruta para rezar y en el silencio y la soledad se opera en él una profunda transformación interior. San Buenaventura nos cuenta que en su retiro, absorto en Dios por su ardiente fervor, se le apareció Cristo Jesús crucificado. A su vista quedó su alma como derretida y desde ese momento a duras penas podía contener las lágrimas al recordar la pasión del Señor⁹³. Francisco se convierte propiamente en el juglar de Dios y como un juglar que hace destrezas y acrobacias, salió de la gruta “caminando sobre sus manos”, es decir viendo el mundo al revés de cómo lo ven los demás. Y así como “si un hombre viese el mundo al revés, con todos sus árboles y torres colgando, invertidos como en un estanque, el efecto obtenido acentuaría la idea de dependencia”, así Francisco vio en ese cambio total de perspectiva, la absoluta dependencia de todas las creaturas respecto de Dios. Todas penden, cuelgan, dependen absolutamente de Dios quien las sostiene para que no caigan en la nada; es Él quien las sustenta y las mantiene en el ser. “Y en ello- observa Chesterton- hay una relación latina y literal, porque la palabra depender no significa sino colgar”⁹⁴. Desde ese momento San Francisco vio toda la creación en esa dependencia ontológica de Dios y lo vio a Dios presente en todas las cosas.

Otro acontecimiento que define su vida es el encuentro con el Crucifijo de San Damián. Francisco se retira a esa iglesita medio derruida donde oye la voz de Jesucristo, quien desde el crucifijo le dice:

⁹² CHESTERTON, *San Francisco*, p.385.

⁹³ Cf *Leyenda Mayor*, c. I, n.5

⁹⁴ CHESTERTON, *San Francisco*, p.401.

"Francisco, ve a reparar mi casa que está en ruinas". Interpretando literalmente este llamado, vende todo lo que tiene, su montura y saca unos paños del negocio paterno para reconstruir la iglesia, pero su padre lo delata ante la autoridad pública. Francisco no está dispuesto a ser juzgado por ésta y recurre al obispo, Guido de Asís, quien le aconseja restituir los bienes "robados" y así pacificarse con su padre. Chesterton resume con humor: "por decirlo crudamente [...] si el joven fanático devolvía el dinero al viejo loco se daría por terminado el asunto"⁹⁵.

Tiene lugar entonces lo que todos conocemos: Francisco entrega todo lo que posee hasta su misma ropa y afirma que a partir de ese instante no tiene por padre más que a Dios. Es el 16 de abril de 1207. Desde que Francisco se quita las ropas y las echa a los pies de su padre, hasta cuando yacerá muerto sobre la tierra desnuda con los brazos en cruz, su vida será siempre una serie de actitudes espontáneas y de gestos sin vacilación⁹⁶.

En la soledad y la oración, Francisco continúa la reconstrucción de la iglesia de San Damián sin comprender sin embargo el alcance de su misión. Recién más de un año después, posiblemente el 24 de febrero de 1209, en la celebración de la misa de los apóstoles, Francisco recibe la luz para entender el verdadero sentido de su vida: el discípulo del Señor no debe poseer ni oro, ni plata, debe predicar el reino de Dios, la penitencia y la paz: las palabras de Mateo 10, 7-14 cobran todo su significado y Francisco comprende que le están dirigidas especialmente. Su misión será reparar la Iglesia de Cristo por medio del evangelio de la pobreza⁹⁷. Deja entonces su capa de ermitaño, su calzado, su bastón, su bolsa y su cinturón y se viste con una vieja túnica de campesino, atada con una cuerda y ese vestido, que nadie hubiese llevado dignamente en ese momento, se convierte diez años después en el uniforme de cinco mil franciscanos y con ese mismo sayal será enterrado Dante⁹⁸. Así Francisco, que en ningún momento pensó fundar una orden religiosa sino que simplemente quiso seguir a Jesucristo, se revela en toda su trascendencia histórica. Años más tarde, dirá en su testamento que recibió como revelación de Dios altísimo el que su modo de vida fuera el Evangelio: ésa es su Regla.

⁹⁵ *Ibidem*, p.387.

⁹⁶ Cf *Ibidem*, p.413

⁹⁷ Cf E. LONGPRE, *Saint Francois d'Assise* en DSAM, V, Beauchene, Paris 1964, col. 1274.

⁹⁸ Cf CHESTERTON, *San Francisco*, p.395

Su seguimiento del Señor primero despierta ironía, burla, risa, pero paulatinamente se manifiesta como la fuerza renovadora que la Iglesia necesita y Francisco se convierte en un imán que atrae a los demás: sus primeros discípulos, Bernardo de Quintavalle, hombre de buena posición, y Pedro Cattani, un clérigo, se desprenden de todos sus bienes para seguirlo. Cuando los discípulos llegan al número de siete se dedican a recorrer las aldeas y pueblos vecinos para predicar. Así nace esta forma de vida que inaugura un estilo propio de los tiempos nuevos. En el corazón de la Edad Media sólo se hubiera concebido una vida monástica, la entrega a Dios en comunidad y dentro de los muros de un monasterio. Francisco en cambio abraza un ideal de vida individual, siente que Dios lo llama y crea su propio destino personal en relación con Él; por otra parte, su vocación no es de eremita sino de predicador itinerante por los caminos del mundo. En medio de esa sociedad que se transforma, donde se desarrolla el comercio y surge la vida ciudadana, Francisco y sus compañeros llevarán la palabra de Dios andando a través de poblados y ciudades⁹⁹.

Asís está construida sobre la ladera del monte Subiaso donde hoy se encuentra el gran convento de los franciscanos; a mitad de camino está la iglesia de San Damián con el convento al lado y más abajo la gran llanura umbra que se extiende desde Perusa hasta Espoleto. A los pies del Subiaso, en la llanura se encontraba una pequeña iglesia dedicada a la Virgen de los Ángeles donde Francisco posiblemente escuchó el evangelio de Mateo y en las proximidades, una localidad llamada Rivotorto. Allí Francisco vive en los comienzos con sus compañeros y redacta su primer proyecto de Regla hasta que los benedictinos les ceden una parte del terreno que poseían en la región, la “porciúncula”, donde se instalan definitivamente. Ése fue el primer escenario de su vocación mística y apostólica.

Animado por su gran deseo de servir a la Iglesia, Francisco lleva al gran papa Inocencio III su Regla para que la apruebe. El pontífice tiene un sueño que ha pasado a la historia representado en los frescos de Giotto en la basílica superior de Asís: ve la iglesia de San Juan de Letrán inclinada, y apoyada sobre un hombre que la sostiene. Inocencio III comprende que ese hombre es Francisco y aprueba oralmente la Regla. Es el año 1209 o 1210, Francisco tiene alrededor de 27 años.

A partir de ese momento él y sus discípulos continúan su predicación itinerante, viviendo de limosna ya que según Francisco es el modo

⁹⁹ Cf ETCHEVERRY BONEO, *San Francisco de Asís*, pags. 9-10.

natural de vivir del predicador¹⁰⁰. Su misión se extiende no sólo en Italia sino en el extranjero: va primero a Tierra Santa¹⁰¹, luego a España, a Marruecos y más tarde a Siria y a Egipto llegando a predicar ante el Sultán. En uno de estos viajes, contrae una enfermedad en los ojos, causa de gran sufrimiento sobre todo al final de su vida.

Al regreso de Oriente, y habiendo dejado el gobierno de esa multitud de frailes que han abrazado su modo de vida, se dedica a escribir la Primera Regla de manera más formal y amplia, incluyendo la fórmula que había sido aprobada verbalmente por Inocencio III. Poco después, en 1123, es aprobada la segunda Regla, más breve, que se conoce como regla bulada, es decir, reconocida oficialmente con una bula de Honorio III.

Empujado por su deseo de conquistar almas para Jesucristo, Francisco no sólo da origen a la primera orden de los frailes menores, los franciscanos, sino también a la segunda orden, las pobres damas que surgen del influjo de San Francisco en Clara de Asís, y conocidas, después de la muerte de Santa Clara, como clarisas¹⁰². Por último, algunos años antes de su muerte, en 1221, surgen los hermanos penitentes, la tercera orden para laicos y clérigos seculares.

El ideal de pobreza radical vivido y querido por Francisco suscitó, ya en vida suya, controversias entre sus discípulos divididos entre quienes querían imitarlo en su radicalidad, y quienes sostenían la necesidad de poseer ciertos bienes. El gran moderador de la potente personalidad creadora de San Francisco fue el cardenal Ugolino, elegido papa con el nombre de Gregorio IX y que permitió al gran movimiento franciscano entrar en los cauces de la Iglesia y ser vivido no sólo por el genio excepcional de su iniciador sino también por muchos otros hombres. El encuentro entre el empuje extraordinario de Francisco, semejante a un torrente incontenible, y la sabia presencia de la Iglesia, requirió la inigualable humildad del santo. Francisco, enamorado de la pobreza sin concesiones, en desacuerdo con ciertas restricciones y

¹⁰⁰ Por eso se considera a San Francisco y a Santo Domingo, fundadores de las órdenes mendicantes que viven de su trabajo y de la limosna.

¹⁰¹ Los franciscanos son custodios de Tierra Santa precisamente porque Francisco llevó de nuevo la presencia del evangelio hasta esas tierras.

¹⁰² Atraída por el modo de vida evangélica de estos hombres, Clara quiere seguirlos. Francisco la acoge con gran libertad y la conduce luego al convento de las benedictinas. Algunos días después se une a ella, Inés, hermana de Clara, y se instalan en la iglesia de San Damián donde habitará la primera comunidad. Hoy todavía vemos el convento y el coro donde se reunían las primeras clarisas: Clara, sus hermanas, su madre...

posesiones que la Iglesia consideraba convenientes para posibilitar la continuación del movimiento, aceptó heroicamente la decisión eclesial, atemperando la radicalidad de su ideal. Por ello se ha podido decir, vislumbrando la grandeza de Francisco: “Aquí se consuma la obediencia en su forma más penosa e íntegra: la obediencia desnuda. Francisco carga sobre sí aquella tensión que se expresó y santificó para siempre en las palabras del huerto de Getsemaní: “Si es posible aparta de mí este cáliz, pero que no se haga mi voluntad sino la tuya”¹⁰³. A su muerte, los franciscanos se dividieron en observantes y conventuales, respondiendo a las dos tendencias que ya se habían dado durante su vida.

En 1224 tiene lugar el acontecimiento extraordinario de los estigmas que confirma exteriormente la interior configuración con Cristo del santo de Asís. Entre Emilia-Romania y Toscana, en uno de esos montes rocosos donde se retiraba a rezar, en el monte de la Verna, Francisco recibe las heridas de la pasión. Es el día de la exaltación de la cruz, el 14 de setiembre, en que tiene la visión de un hombre en forma de serafín de fuego, con las manos extendidas y los pies unidos, clavados en una cruz que lo mira con dulzura. San Francisco experimenta una inmensa alegría y a la vez profunda tristeza ante al agudo dolor de Jesús crucificado. En este estado en el que se alternan gozo y amargura, aparecen en sus pies y en sus manos las heridas y clavos de la pasión, así como en el costado la herida de la lanza. Francisco siempre mantuvo gran reserva ante este don divino con la certeza de que los dones de Dios requieren ser custodiados con amor¹⁰⁴. De regreso a Asís, Francisco no puede caminar, tiene las heridas y la carne ennegrecida como si fueran los clavos de la cruz. Sin embargo, agotado y casi ciego, seguirá predicando a todos y hasta el final que conserven el suave aroma de la palabra de Jesucristo.

Cuando muere dos años después, el 3 de octubre de 1226, en la porciúncula, pide que, como Jesucristo en la cruz, lo despojen de todos sus vestidos y lo pongan sobre la tierra¹⁰⁵. Dicen que murió alabando a Dios y cantando como había vivido desde su conversión.

¹⁰³ R. GUARDINI, *San Francisco*, Librería Emanuel, Buenos Aires 1983, p. 50.

¹⁰⁴ T. CELANO, *Vida primera*, cap.III, ns. 94, 95, 96.

¹⁰⁵ A esta última parte de su vida se deben las palabras del *Cántico de las creaturas* donde alaba a Dios por su hermana, la muerte corporal.

3. Una espiritualidad esencial

Mientras otros maestros hablan desde sus cátedras, como Santo Tomás o San Buenaventura en la Universidad de París, Francisco habló desde la cátedra de su vida.

Sus escritos son pocos; se le atribuyen veintiocho auténticos y son de distinto carácter: textos legislativos -las tres reglas a las que hicimos referencia-, exhortaciones, admoniciones a sus monjes, oraciones, cánticos, algunas cartas dirigidas a los capítulos de los frailes menores, a San Antonio de Padua al cual autoriza ser el primer lector de la cátedra de los Franciscanos¹⁰⁶.

Sus textos están permeados por un profundo espíritu contemplativo, pues Francisco es un místico en el sentido más pleno, un místico que descubre el misterio de Dios en todo lo que ve y lo que toca. En un momento dudó si Dios no lo llamaba a la vida eremítica...Cerca de Asís se encuentran las celdas, lugar sugestivo entre las rocas, en la ladera de un monte, donde se retiraban él y sus hermanos de vocación, sus frailes, a rezar durante largos períodos. Su “cama” era una piedra pequeña en un espacio húmedo y frío. En ese medio imponente y solitario Francisco se recogía en oración, absorto totalmente en Dios... Su atractivo por el apartamiento y la soledad lo llevaron a pedir consejo a Santa Clara y a uno de sus frailes, especialmente virtuoso, acerca del modo de vida que Dios quería para él y sus compañeros. Cada uno, separadamente, contestó que Dios quería que Francisco viviera en medio de los hombres porque estaba llamado a hacer el bien a muchos. Así, este gran contemplativo es también el hombre totalmente apostólico que conjuga oración y apostolado en la unidad superior de su persona entregada incondicionalmente a Dios.

Su espiritualidad es teocéntrica, trinitaria. Algunas de sus oraciones son un cántico, una verdadera letanía en que invoca a la Trinidad: “Altísimo eres tú oh Padre y altísimo eres tú el Hijo y altísimo tú el Espíritu Santo”. Francisco se relaciona con cada una de las personas divinas¹⁰⁷, se siente hijo del Padre, hermano de Cristo y discípulo del

¹⁰⁶ San Antonio de Padua entra en la orden franciscana en 1220. A veces se ha dicho que Francisco desconfiaba de la ciencia y del saber humano; ciertamente no fue un intelectual pero, cuando tuvo un doctor en su orden como San Antonio, aprobó que formara teológicamente a los frailes.

¹⁰⁷ San Francisco es uno de los primeros que se refieren a la Virgen como esposa del Espíritu Santo.

Espíritu Santo. En ese contexto trinitario se ubica su imitación de Jesucristo, el mediador del Padre. Francisco se sabe llamado a alabar y a imitar al Señor en todos los misterios de su vida: el misterio de la encarnación, de la vida pública, de su pasión y muerte, el misterio de su ascensión... El alma de Francisco tiene un registro totalmente evangélico ya que vive todos los misterios de la vida de Jesús pero el que más le atrae es la pasión. En el valle de Rieti -entre Asís y Roma- hay varios conventos franciscanos donde aún hoy se encuentran las grutas en las que Francisco amaba retirarse, esas grietas en la roca, imagen de las llagas de Jesucristo, donde deseaba ardientemente esconderse.

Este amor por la pasión del Señor es tan fuerte que lo lleva a abrazar, a desposar la pobreza. Una pobreza mucho más amplia de la que nosotros podemos entender, la pobreza de Jesucristo, quien siendo rico se hizo pobre porque -como dice San Pablo- no retuvo celosamente como un tesoro su dignidad de Dios, sino que tomó la forma de hombre, de siervo hasta la muerte y muerte de cruz. La pobreza de Dios comienza en el misterio de la encarnación al asumir la pobreza de la condición humana. Esa pobreza radical lo lleva a Jesucristo a no tener dónde apoyar la cabeza, a no poseer nada, a descansar sólo en el madero. Es esa pobreza la que Francisco ama y por ello nunca quiso que sus discípulos poseyeran bienes, ni tuvieran morada estable. Se cuenta que en cierta ocasión fue a predicar y al volver encontró que sus frailes habían construido paredes, techo, casa... Francisco ordenó que salieran, subió al techo y comenzó a tirar las tejas al suelo... pero fue llamado a detenerse, observándole que esa casa no era suya sino del obispado. El episodio revela, sin embargo, el radicalismo evangélico de la pobreza franciscana. Como Jesús, Francisco no quiso ni techo ni comida asegurada, ni bienes de ningún tipo y quiso que sus frailes tuvieran sólo lo estrictamente necesario: una sola túnica y vivir al día del trabajo y la limosna.

La pobreza franciscana es despojo de sí y Francisco es conocido como el santo de la humildad pues nadie es más humilde que aquél que reconoce que no es nada, y todo lo tiene porque Dios se lo ha dado. Los franciscanos son los frailes menores pues se consideran los últimos y sus superiores deben ser llamados ministros, es decir servidores. Las fuentes franciscanas narran que Francisco exigía a sus discípulos que lo trataran no solamente con sencillez sino como a un pecador. En una ocasión pidió a Fray León -uno de sus próximos- que dijera: “Francisco eres un gran pecador”, pero Fray León decía “Francisco eres un gran santo” y a pesar de los retos de Francisco, respondía que no podía desobedecer a la voz de Dios.

La pobreza franciscana se expresa además en una total obediencia. Si en la historia de la espiritualidad es conocida la obediencia ignaciana, ésta tiene su antecedente en San Francisco. Es famosa la expresión de San Ignacio que hay que obedecer como un cadáver. Francisco usa esta misma comparación: si tomamos un cadáver y lo desplazamos a otro lugar, él no va a reclamar el lugar que ha perdido, y tampoco va a murmurar, y si lo vestimos con púrpura se va a hacer más patente su palidez, y si lo sentamos en una silla va a inclinar su cabeza. La obediencia lleva al despojo total de lo “propio” y el mayor despojo consiste en renunciar al propio yo para ser obediente como Jesucristo hasta la muerte y muerte de cruz. Para Francisco la máxima expresión de la obediencia es ir a predicar a los infieles, pues implica dar la vida por amor a los hermanos y aceptar el martirio.

Otro rasgo característico de la espiritualidad franciscana es la hermandad universal¹⁰⁸, esa compasión que se extiende a todas las criaturas, abarcando naturaleza y hombre. Francisco compadece las ovejitas que llevan al matadero, alimenta las abejas en invierno para que no mueran, al caminar no pisa los gusanos recordando las palabras de Isaías, pisa las rocas con cuidado en memoria de Jesucristo, la piedra angular. Francisco vivió la presencia del Señor en todas las cosas; su texto más conocido, el *Cántico de las criaturas*, expresa esta realidad: todo está hecho para que el hombre cante y alabe a Dios y encuentre, ya en esta tierra, su destino eterno: vivir de Dios y con Dios a propósito de todo.

Esta presencia del Señor inundó el corazón de Francisco de perfecta alegría. Sabemos que lloraba, no por tristeza o angustia sino conmovido por el amor de Jesús hacia nosotros. Sus palabras a Fray León a propósito de la perfecta alegría, recuerdan las de San Pablo en el *Himno a la caridad*. Aunque el fraile menor haga ver a los ciegos, hablar a los mudos, caminar al paralítico, en eso no consiste la verdadera alegría, la verdadera alegría consiste en soportar la máxima injuria, crueldad y humillación con serenidad y humildad porque ahí es donde se encuentra la mayor configuración con Jesucristo y más cerca estamos del amor que Él nos demostró¹⁰⁹.

Toda la espiritualidad de San Francisco se resume en esta esencialidad evangélica. Conocemos aquella expresión que Francisco vivió “el evangelio sin glosa”, sin comentario ni añadido alguno. Vivió el

¹⁰⁸ San Francisco vivió esa hermandad con todas las criaturas de la naturaleza y por ello Juan Pablo II lo nombró patrono de la ecología.

¹⁰⁹ Cf *Las florecillas de San Francisco*, c.8.

evangelio desnudo, al pie de la letra, con absoluta simplicidad. Encontró la puerta estrecha y con ella la felicidad, las bienaventuranzas, esa promesa misteriosa de Jesús que contradice todo de lo que el hombre espera y sin embargo, lo conduce a la mayor plenitud

Relatemos dos hechos más para resumir el espíritu de San Francisco. Al final de su vida, estando casi ciego, vivía en una cabaña de caña y hojas cerca de San Damián, dormía sobre la tierra y los ratones que merodeaban, lo molestaban. Francisco pidió a Dios que lo consolara y el Señor le prometió su reino, el reino de los cielos. En estas circunstancias, Francisco escribió el Cántico de las creaturas. Como Beethoven impedido por su sordera compuso sin embargo la novena sinfonía, así Francisco alaba a Dios y canta la belleza del universo cuando ya ni ve.

En otra ocasión, Francisco debía sufrir una cauterización a los ojos; sus frailes espantados no quisieron ser testigos del hecho. El santo se dirigió mansamente al fuego diciéndole: “Hermano fuego, el Altísimo te ha creado dotado de maravilloso esplendor sobre las demás creaturas, vigoroso, hermoso y útil. Sé ahora benigno conmigo, sé cortés, porque hace mucho que te amo en el Señor. Pido al gran Señor que te ha creado que temple tu ardor en esta hora para que pueda soportarlo mientras me cauterizas suavemente”. Y Francisco no sintió ningún dolor¹¹⁰.

Así, siendo el más pobre de los hombres, San Francisco fue paradójicamente el más rico y feliz, pues supo descubrir en todas las cosas lo más importante que cada una posee, la capacidad de entregarnos a Dios¹¹¹.

Su gran amigo, Gregorio IX, lo canonizó solemnemente en Asís, el 16 de julio de 1228.

¹¹⁰ T. CELANO, *Vida segunda*, n.166.

¹¹¹ Cf L. M. ETCHEVERRY BONEO, *Espiritualidad de Santa Teresa del Niño Jesús*, 1ª conferencia, Buenos Aires 1952. Pro-manuscrito.

Santa Catalina de Siena

Defensora del papado

1. Las circunstancias históricas

Concluimos con una figura femenina, Catalina de Siena. La más conocida, la más universal de todas las santas que llevan su mismo nombre.

Catalina nace en 1347 en Siena y muere en Roma en 1380. Nos encontramos en la segunda mitad del siglo XIV, caracterizado por el traslado de la sede papal de Roma a Avignon, al sur de Francia. El predominio del Imperio -el imperio romano germánico que nació con Carlomagno- va declinando, y con ello, la primacía del papado y la autoridad que éste reivindica por encima del poder temporal. La afrenta recibida por Bonifacio VIII en Anagni, rechazado y humillado por parte de Felipe el Hermoso, rey de Francia, expresa este cambio histórico. Los monarcas se rebelan a la autoridad pontificia y la unidad temporal del imperio se fragmenta paulatinamente, abriendo el camino a las distintas naciones europeas, independientes, tal como las conocemos en los siglos posteriores.

En este contexto, la aceptación de los papas de trasladar su sede al sur de Francia es un modo de someterse a la presión temporal. Durante casi setenta años residirán en Avignon, donde aún hoy podemos ver su palacio. Por otra parte, la ausencia de Roma del sumo pontífice hace que el pueblo cristiano se vaya alejando de su pastor y a la vez sufra escándalo. En ese período, tiene lugar un hecho sin trascendencia pero significativo: en 1338 el pueblo nombra a un fraile franciscano como papa. En realidad es un antipapa -el papa legítimo reside en Avignon- que no tiene ningún seguimiento, ninguna autoridad, en 1340 muere y desaparece el fenómeno, sin embargo pone de manifiesto la polaridad que crea la ausencia del pontífice de su sede romana y los problemas que esto provoca: la decadencia del clero, de la vida monástica, la división en el seno de la Iglesia, la guerra continua de las ciudades respecto de la autoridad religiosa.

El siglo XIV conoce otra gran figura femenina: Santa Brígida de Suecia, mística y fundadora, quien por su intento de encauzar la vida de la Iglesia, prepara la misión de Santa Catalina. Ambas recuerdan a los profetas del Antiguo Testamento que denuncian los abusos en el orden temporal y eclesiástico e indican los caminos para lograr la paz entre las ciudades y el Papado, entre los señores feudales, entre los reinos.

La misión de Catalina de Siena se ubica en este horizonte: ella contribuirá al regreso de Gregorio XI a Roma para permitir que la Iglesia recobre la libertad que le es propia. No obstante, poco después se producirá el gran cisma de Occidente que durará hasta 1417. Algunos historiadores, injustamente, han hecho a Catalina responsable de este hecho. Sin embargo, si terminado el cisma, el papa fija definitivamente su sede en Roma es porque antes Catalina intervino para que volviera.

2. Gracias místicas y acción apostólica

La misión histórica de reconducir a Roma a Gregorio XI, es tanto más sorprendente si pensamos en quién es la protagonista. Catalina es la hija vigésimo cuarta de una familia modesta de Siena. Su padre - Jacobo Benincasa - era tintorero y gozaba de una discreta situación económica. Todavía hoy se puede visitar su casa en el barrio de Fontebranda, en el corazón de la ciudad que impresiona por su arquitectura y su atmósfera medieval: todo parece intacto, caminar por esas callejuelas estrechas y empinadas es volver a la época de Catalina. Su casa es amplia y se puede visitar en parte: el sótano donde sus padres la encerraban en penitencia para alejarla de su camino espiritual extraordinario, y la pequeña celda donde se retiraba en oración.

A los cinco o seis años, un día, Catalina, volviendo a casa con uno de sus hermanos, en un valle cerca de Siena, tuvo una visión. Se le manifestó Jesucristo sentado sobre un trono, revestido con hábitos pontificales y la tiara; esta visión produjo en la niña una suerte de éxtasis; su hermano siguió caminando pero, volviéndose atrás y viéndola detenida a mitad del camino, la llamó para que lo siguiera. Esta revelación es presagio de la misión que Dios encomendará a Catalina en defensa del papado.

Siendo aún pequeña, alrededor de los siete años, Catalina, que tenía una conciencia muy superior a la de su edad, se consagró definitivamente a Dios con voto de virginidad. Continuó su vida cotidiana, ayudando a sus padres en su casa, pero dedicándose a la oración. Su madre, Lapa, empezó a combatirla con bastante poco éxito. Cuando cumplió doce años, sus padres pensaron en casarla, pero Catalina sólo deseaba imitar las penitencias de María Magdalena. Sin embargo, Buenaventura, una hermana mayor muy querida, la persuadió para que se arreglara un poco más y para que se tiñera el cabello según la costumbre de la época. Este período de la adolescencia entre los doce y catorce años será considerado por Catalina como una etapa de gran infidelidad respecto de Jesucristo y sobre ese hecho de vanidad

femenina, volverá muchas veces, arrepentida por no haber correspondido a las gracias de Dios. Cuando Buenaventura muere en un parto, en 1362, Catalina toma conciencia de su responsabilidad, decide no hacer ninguna concesión más a la vida mundana y dedicarse con más rigor a la penitencia. Como expresión de su renuncia, se corta su espléndida cabellera. En su interior se construye una ‘celda’, la ‘celda de su corazón’ donde habita en unión con Dios e ingresa como *mantellata* en la tercera orden dominica¹¹². Permanece en su casa donde conduce una vida de oración, de ascesis y de asistencia a los enfermos; atiende con misericordia a los necesitados y cuando más tarde se declara la peste en Siena, acude a cuidar a los enfermos. Durante la epidemia mueren ocho sobrinos y un hermano. Es la gran ‘mortandad’.

A los veinte años, tiene lugar su desposorio místico con Jesucristo: se le aparecen la Santísima Virgen acompañada por Juan Evangelista, San Pablo y Santo Domingo junto con el rey David que toca un arpa de oro. La Virgen la presenta a su Hijo quien la desposa en la Fe y pone en su dedo un anillo que permanecerá siempre, visible sólo para ella.

Poco después, Jesús le pide que se dedique al apostolado. Es un período de grandes gracias místicas en el cual tiene lugar el intercambio de corazones entre el Señor y ella. Desde ese momento Catalina siente que la voluntad y los afectos de su Esposo le pertenecen y es una de las primeras privilegiadas en recibir los ‘secretos del Sagrado Corazón’. Afirma en una de sus cartas: “El alma que se esconde y se contempla en este corazón abierto por amor, se hace semejante a él porque, viéndose tan amada, no puede no amarlo”.

A medida que se adentra en la vida mística, su acción se hace más intensa. Se forma en torno a ella la ‘alegre brigada’ formada por jóvenes que pertenecen en su mayoría a las familias más conocidas e importantes de Siena, la gente culta le pide consejo, a ella recurren para resolver problemas y convertir a los impenitentes. Es madre espiritual de sus discípulos y así la llaman, la *mamma*, no obstante su juventud.

Catalina empieza a comulgar con gran frecuencia; se convierte en una ‘hambrienta de la Eucaristía’ y pasa, no días sino semanas y meses casi sin comer; a partir de 1373 abandona casi todo otro alimento y a pesar de los reproches y consejos que recibe, sostiene que aún deseándolo, es incapaz de alimentarse de otro modo. Tiene además éxtasis frecuentes. En la iglesia de Santo Domingo, en Siena, a la cual solía ir, se halla un cuadro muy cono-

¹¹² Se las llamaba así por el manto negro que llevaban.

cido que la representa con la cara delgada y unos ojos claros, pintado precisamente durante un éxtasis por uno de sus discípulos, Andrea Vanni. Al mismo tiempo que se multiplican los fenómenos místicos, se extiende su servicio a la Iglesia y su apostolado se propaga a otras ciudades de Italia.

A partir de 1374 Raimundo de Capua, que luego será superior de los dominicos, se convierte en su director espiritual. Al año siguiente, durante una misión en Pisa, Catalina recibe los estigmas que, a diferencia de los de San Francisco, permanecerán invisibles, si bien sentirá el dolor de las heridas.

Durante esos años, Catalina intenta restablecer las relaciones de Florencia y Siena con el papa, pues no reconocen su autoridad; trata de ganar también el favor de la reina de Nápoles. En 1377, después de haber intervenido en las gestiones para el regreso del papa, Gregorio XI vuelve a Roma; por su parte Catalina regresa a Siena donde dicta el *Diálogo*, su única obra sistemática. A la muerte de Gregorio XI, en 1378, su sucesor Urbano VI la llama a Roma para que lo sostenga en su pontificado. Así, la santa transcurre el último año de su vida en la Ciudad Eterna, en una habitación cercana a la iglesia de los dominicos, Santa María sobre Minerva. Si bien está exhausta, pues ha dado toda su sustancia al servicio de la Iglesia, todos los días se dirige a la basílica de San Pedro donde permanece hasta el atardecer para rezar por el sumo pontífice.

Hoy, en el comienzo de la vía de la Conciliación -que une Roma con la Ciudad del Vaticano-, se levanta una estatua de piedra, muy expresiva y hermosa, que nos recuerda este hecho. Nos muestra a Catalina casi en movimiento, inclinada hacia delante con una vara de azucenas, el manto al vuelo... Esa ubicación y esa actitud ponen de manifiesto su amor a la Iglesia hacia donde siempre gravitó su corazón. Al final de su existencia, ella misma anunció: “Sepan que si de algo muero, es de amor por la Iglesia”. Murió muy joven, a los treinta y tres años¹¹³. Algunas décadas después, finalizado ya el cisma, el 29 de junio de 1461, fue canonizada por Pío II.

¹¹³ La crítica histórica ha puesto en discusión esta edad, considerándola sólo fruto de la literatura hagiográfica que quiere identificar a Catalina con Jesús. Sin embargo hay datos que parecen corroborar que Catalina murió efectivamente alrededor de los treinta y tres años. (Cf M. GORCE, *Catherine de Sienne*, DSAM, vol. III, Beauchesne, Paris 1953, coll.332-333).

3. Su genio femenino

Raimundo de Capua, fuente principal de la vida de Catalina de Siena, escribe su biografía poco después de su muerte. Como otros escritos hagiográficos de la época, su obra denominada *Legenda Maior*, está destinada a mostrar la santidad de Catalina. Si bien son numerosos los hechos extraordinarios que nos narra, no significa que sean fantásticos y las fuentes históricas de las que disponemos corroboran sus principales datos biográficos¹¹⁴.

Raimundo de Capua muestra el carácter extraordinario de la vida de Catalina, y abunda en los milagros que la acompañan, en su connaturalidad con el orden sobrenatural, en sus experiencias místicas, en sus principales virtudes, en su absoluta convicción de “no-ser” y “no-poder” frente al Dios todopoderoso que lo es todo. Según su confesor, fiel a los hechos pero sin perspectiva psicológica, pareciera que Catalina ‘nació’ santa. Sin embargo, la otra gran fuente que poseemos para conocerla, sus cartas, nos la presentan dotada de una profunda humanidad. Su identificación con Jesucristo, su heroica caridad, su vida en continuo contacto con el orden sobrenatural, no borran su genio femenino, su personalidad apasionada y volitiva.

Su epistolario nos ha llegado, posiblemente incompleto pero numeroso, pues sus discípulos que la amaban con devoción, conservaron sus cartas¹¹⁵. Catalina no estudió, no aprendió a leer ni a escribir, tenía secretarios a quienes dictaba sus textos; de su mano, y milagrosamente, resultan dos cartas, ante lo cual ella misma se maravilló. Pero como San Bernardo de Claraval, escribió cartas de estilo inconfundible¹¹⁶ a gente de toda condición, humilde y poderosa, culta y simple. Las dictó en lengua vulgar, en un italiano distinto al de hoy, más próximo al latín, más hermético, pero un soplo místico recorre su correspondencia, imprimiendo a sus frases el fuego de su espíritu.

¹¹⁴ Roberto Fawtier, de la Escuela Francesa de Roma, fue quien - en la primera mitad del s.XX - planteó en toda su crudeza el problema de la autenticidad histórica de la obra de Raimundo de Capua. Su obra suscitó una serie de estudios histórico-críticos posteriores que muestran que más allá de su estilo hagiográfico, los documentos biográficos de los contemporáneos de Catalina son indispensables para comprender la figura de esta gran santa.

¹¹⁵ Disponemos de casi 400 de las cuales hay sólo ocho textos originales, pero la crítica es concorde en considerarlas todas auténticas.

¹¹⁶ Catalina es considerada la única gran escritora de la época.

Lo que asombra es que esta mujer *illetterata*, no leída, se muestre sin embargo tan culta y con tanta personalidad. Sus textos traslucen una inteligencia capaz de comprender profundamente el alma humana y de penetrar las verdades divinas. ¿De dónde recibió Catalina su saber? ¿Cómo obtuvo la luz necesaria para componer sus escritos? Toda la ciencia de Catalina de Siena nace fundamentalmente de su trato asiduo con Dios, pero su ciencia infusa es recibida por una inteligencia intuitiva y penetrante, así como el coraje de su acción espiritual muestra su ‘alma de acero’.

Porque Catalina es además, una mujer de temple, capaz de suplicar y de ordenar. Quienes estudiaron sus escritos, han subrayado que en un mismo párrafo retoma hasta catorce veces la expresión "yo quiero", *Io voglio*. Catalina pide, exhorta, ordena a sus destinatarios que cumplan lo que Dios les pide. Al papa, a reyes y abadesas, a sus discípulos escribe, como los profetas del Antiguo Testamento, con plena conciencia de la misión que le ha sido confiada; se ve obligada a hablar, no puede callar por sumisión a la Verdad primera. El secreto de ese "yo quiero" no está en un defecto de autoritarismo sino en su voluntad de guiar hombres y mujeres al cumplimiento de la voluntad de Dios, y esto, sin ningún respeto humano, con claridad y firmeza.

Una carta dirigida a Gregorio XI pone de manifiesto la lucidez y autoridad de la santa: "Almas, no ciudades. El tesoro de la Iglesia es la Sangre de Jesucristo, entregada por las almas. El tesoro de la sangre no se dio con vistas a bienes terrenos, sino para la salvación del hombre". Animada por su gran pasión por la Iglesia y su deseo de redención, Catalina aconseja al Pontífice con sabiduría, con verdadero discernimiento, con amplitud de miras alentándolo a no subordinar su autoridad divina a los poderes temporales en detrimento de la reforma de la Iglesia: "Por tanto, si es cierto que estáis obligado a reconquistar y conservar el tesoro y señorío de las ciudades que la Iglesia ha perdido, mucho más obligado estáis a recuperar tantas ovejas que son el tesoro de la Iglesia; y ¡demasiado se empobrece Ella cuando las pierde! Impiden además (estas guerras) el deseo que yo sé acariciáis de la reforma de vuestra Esposa (la Iglesia) por medio de buenos pastores y rectores". Catalina ve con claridad que la verdadera libertad requiere otro modo de actuar y lo expresa con vehemencia: "Bien sabéis lo difícil que esto resulta con las guerras, pues pareciéndoos tener necesidad de los príncipes y señores, el compromiso de esta necesidad os parecerá que os constriñe a crear pastores a su talante y no según vuestro parecer. Pésima razón es ésta; por encima de cualquier necesidad (de esta índole), no hay que poner otros pastores más que los que sean virtuosos y

no se busquen a sí mismos sino que se busquen por Dios, buscando la alabanza y la gloria de su nombre"¹¹⁷. Catalina que todo lo ve a la luz de lo divino, no puede dejar de esforzarse para que los demás lo vean así, como en realidad es, porque las cosas son y valen lo que valen y son a la luz de Dios¹¹⁸.

Catalina es además una mujer dotada de una gran maternidad; esa 'alegre comitiva', esa 'alegre brigada' que la sigue de ciudad en ciudad, estos discípulos -laicos, monjes, *mantellate*-, encuentran en ella luz, dirección, fuerza, vida. En una carta dirigida a la madre de Esteban Maconi, su secretario, escribe: "no pierdas la paz porque yo haya detenido demasiado a Esteban...Tú, madre, le diste a la luz una vez, y yo quiero daros a luz a él, y a ti, y a toda la familia por las lágrimas y el sudor, por la incesante oración y el deseo de vuestra salud"¹¹⁹. Como Santa Mónica que con tantas lágrimas engendró a su hijo Agustín para la vida de la gracia, Catalina tiene plena conciencia de su maternidad espiritual.

Se narra un hecho conocido y revelador de la vida de la santa: un joven sienés -Nicolò de Toldo- está por ser decapitado por haberse rebelado contra los gobernantes de la ciudad, pero se muestra impenitente. Catalina acude para hablarle de Cristo y obtener su conversión, le infunde coraje mostrándole que su muerte le permitirá encontrar a Jesucristo; no obstante su fe recobrada, el joven tiene miedo y pide que cuando llegue la hora del castigo, Catalina esté con él. Así sucede y el joven muere repitiendo los nombres de Jesús y Catalina.

Este hecho revela otro rasgo propio de la santa sienesa: su virilidad. Su maternidad no tiene nada de sentimentalismo ni de blandura. La virilidad que Catalina recomienda incesantemente al papa, a abadesas, a esposas y a sus discípulos, es la capacidad de superar el sentimiento de compasión hacia sí mismo para adherir siempre a la voluntad de Dios. Viril es el que no se complace en sí, el que no desciende a compromisos, el que adhiere con firmeza, con paciencia, con perseverancia a lo que Dios pide.

Si Catalina es una mujer firme y volitiva, si es capaz de una acción apostólica incansable, pacificadora de ciudades y persuasiva respecto del papa, también es una creatura dotada de una gran interioridad, inclinada a una vida de oración intensa y prolongada. Su entrega apostólica surge después de años de oración y penitencia, especialmente en el período

¹¹⁷ Carta 209.

¹¹⁸ Cf A. MORTA, *Introducción a El Diálogo*, BAC, Madrid, p.53.

¹¹⁹ Carta 247.

inmediatamente anterior a su gran gesta. Y cuando Jesucristo le pide que abandone la soledad, su primer movimiento es de resistencia pues no desea alejarse de esa vida de oración. A partir del momento en que se lanza a la acción, Catalina reemplaza la celda exterior por su ‘celda interior’: en el fondo de su corazón, encuentra la presencia de Dios Padre, que por medio del Espíritu le entrega a Jesucristo.

4. El tema de su vida: el amor a la Iglesia y la salvación del hombre

Las grandes penitencias que caracterizaron la vida de Catalina, sus ayunos, su oración, sus súplicas nacen de la conciencia de la necesidad de expiar los pecados de la humanidad. Anhela que la sangre de Cristo lave las almas, pues para eso ha sido derramada. Para poder comprender a la santa, es indispensable recordar una vez más el momento histórico en que vive de profunda crisis eclesial, decadencia del clero, debilidad del papado, inminencia del cisma... Y poco después de su muerte, el cisma mismo.

La vida y la obra de Catalina revelan este gran anhelo de salvación que es la médula de todo su quehacer. El *Diálogo de la Divina Providencia*, es una gran súplica a Dios por la salvación de la Iglesia y del mundo y la reforma del clero. Catalina conoce las debilidades de los hombres de la Iglesia de su tiempo: su apego a las riquezas, su sensualidad, un sacerdocio manchado por el pecado, opacado en su ministerio. Conoce la debilidad del papa, su fluctuación entre las exigencias de su misión y el querer congraciarse con la autoridad temporal. Catalina ve y comprende todo. Se dice incluso que cuando estaba en la corte en Avignon, leía las conciencias y a veces tenía que volver la cabeza por la repugnancia provocada por los pecados que percibía. Sin embargo, Catalina lee la historia en clave sobrenatural; su expresión respecto del papa, el “dulce Jesús en la tierra”, así lo expresa. Ve en los ministros de la Iglesia, soles llamados a iluminar y a hacer cálida la vida, administradores de la Sangre redentora de Jesucristo.

Por otra parte, Catalina se sintió siempre responsable y si bien fue sólo *mantellata*, miembro de una tercera orden¹²⁰, nunca se desentendió de lo que sucedía, al contrario se sintió protagonista y participó en llevar la Cruz de Jesucristo; se supo llamada a expiar sus propios pecados y los de todos los hombres. Fiel a la recomendación de Jesucristo: "Hay ciertos demonios

¹²⁰ Catalina no era religiosa, sino miembro de la tercera orden dominica. En este sentido muestra, anticipando los tiempos, la misión apostólica del consagrado en la Iglesia.

que solamente se echan con la oración y la penitencia", usó constantemente de estas armas espirituales.

Su doctrina, reflejo de su experiencia, depende tal vez de San Bernardo, sobre todo de sus obras *Sobre los grados de la humildad* y *Sobre el amor de Dios*, muy difundidas en su tiempo, pero Catalina, vinculada a la orden de los predicadores, debió escuchar sus prédicas e iluminada por el Espíritu Santo, fue amasando su propio contenido espiritual, deseosa de lavar el rostro de la Esposa de Cristo y de buscar la salvación del prójimo.

Su visión es profundamente trinitaria, la Trinidad Eterna que contempla y en la que se contempla como imagen suya, imagen re-creada en la sangre del Hijo unigénito, es para Catalina "mar profundo, en el que cuanto más penetro, más descubro, y cuanto más descubro, más te busco"¹²¹; es espejo, fuego y abismo de caridad ya que el fundamento y origen de toda la realidad, Dios, es Amor y todas sus obras son obras de Amor.

Jesucristo es el "dulce portero" en cuyas manos Dios puso las llaves de la deidad y de la humanidad para que abriera a los hombres las puertas de la gracia. Jesucristo es también el "libro" en el cual Dios escribió su Amor infinito con la sangre del Hijo y, su costado abierto, el lugar donde reposa la Esposa, fuente de la unión y de la vida. Pero Jesucristo es fundamentalmente el "puente" dado por el Padre, que va del cielo a la tierra, y que es necesario atravesar siguiendo sus huellas para alcanzar la salvación. Si no, caemos en el mar turbulento de la vida y nos ahogamos en él. Este puente "tiene tres escalones, dos de los cuales fueron tallados estando Él en el madero de la santísima cruz. Por el tercero probó también grandísima amargura cuando se le dio a beber hiel y vinagre"¹²². Estos tres escalones son los pies, el costado y la boca del Señor.

Para subir este puente es necesario que las potencias del alma estén congregadas en la unidad del amor a Dios y al prójimo: "Cuando dos o tres estén congregados en mi Nombre..."¹²³, Catalina comprende que en definitiva la existencia humana es un problema de amor y el hombre, un árbol de amor, un *arbore d'amore*, dotado de intelecto, voluntad y memoria. La "materia", la sustancia de la cual el hombre está hecho es el amor, por ello la voluntad ocupa un lugar fundamental en su antropología pues, cuando se despierta la "boca" de la voluntad, el deseo, y el alma se enciende en el amor de Dios, la voluntad mueve a la inteligencia para llegar, a través de

¹²¹ *Diálogo*, p.V, c.7.

¹²² *Diálogo*, p.II, c.2.

¹²³ *Diálogo*, p.II, c.4.

los tres escalones del puente, Jesucristo, a la unión con Él. Acercarse a los pies del Señor implica la purificación de los pecados; el costado supone revestirse de caridad y alcanzar la boca es encontrar la paz en el amor de Dios.

El gran enemigo del hombre es el amor propio. Catalina vuelve reiteradamente sobre el tema, ya que de él brotan todos los defectos y pecados, y el cristiano ha recibido en el bautismo, en la sangre de Cristo, “un cuchillo de amor a la virtud y odio del pecado” para luchar contra él. La presencia divina nos alienta a tomar “el cuchillo del odio” para hacer frente a nuestros enemigos que son, además, el mundo y Satanás, y nos enciende con el “fuego de la muy ardiente caridad”.

En la celda interior donde Dios habita, el alma debe estar vigilante y en continua oración para que el intelecto conozca la verdad de Su dulce voluntad y no se adormezca en el sueño del amor propio. En esta celda el espíritu humano adquiere también un profundo conocimiento de sí, descubre cómo se enlazan las virtudes, cómo se potencian recíprocamente y cómo se combaten los vicios; siendo los defectos ajenos el modo de constatar la autenticidad de las propias virtudes.

El camino de la vida es tempestuoso pero Catalina considera todos los acontecimientos a la luz de la providencia de Dios que abarca todos los tiempos y circunstancias, al servicio de buenos y de pecadores y que cuida de todas las dimensiones de la vida, eternas y temporales. Dios vela especialmente por los que carecen de bienes terrenos, pero distingue entre pobreza y mendicidad: “Mis siervos son pobres, pero no mendigos. El mendigo no tiene con frecuencia lo que necesita y pasa gran necesidad. Pero el pobre, si no nada en la abundancia, tiene siempre lo suficiente en sus necesidades. Mi providencia no los abandona jamás mientras esperan en mí”. Por esto “el Espíritu Santo, Clemencia mía, al ver que no tienen lo necesario para el cuerpo, enciende el deseo de socorrerlos en el corazón de aquellos que pueden hacerlo y acuden a ayudarlos en sus necesidades...Ésta es la providencia general que uso con mis pobres”¹²⁴. En algunas circunstancias, el Señor recurre incluso a medios extraordinarios para socorrer a aquéllos que se han hecho pobres voluntariamente por Su amor. Catalina no sólo exalta la virtud de la pobreza sino también de la obediencia, expresiones todas de la caridad y “llave” para encontrar la vida nueva de la gracia.

¹²⁴ *Diálogo*, p.IV, c.14

A través de su obra, la santa de Siena revela la infinita misericordia de Dios que ha enviado a su Hijo unigénito al mundo y nos ha dado el “tesoro de su sangre” así como la necesaria colaboración del hombre para alcanzar su salvación. Catalina comprendió hasta el final la gravedad del pecado y el valor de la gracia, el carácter crucial de la libertad humana y los estrechos vínculos que unen a los hombres entre sí en la obra de la redención. De ahí el ardiente deseo de expiación por las faltas propias y de la humanidad que recorre sus cartas y el *Diálogo*, y que selló toda su existencia.

Como Juana de Arco, Catalina se destaca en la historia de su tiempo, como una clara presencia de la acción potente y santa de Dios. Todas nuestras ideas resultan insuficientes para explicar, más allá de *los milagros*, *el milagro* de su vida y su doctrina. Se ha dicho y repetido que Catalina no es una santa imitable, sin embargo de ella surge un mensaje que nos concierne a todos. Su vida confirma la pedagogía divina que se complace en elegir lo pequeño, lo débil, lo humanamente inadecuado para hacer grandes cosas. “Tú eres la que no es; yo, por el contrario, el que soy”. Esta verdad que Dios imprimió de manera indeleble en su espíritu, la condujo al verdadero conocimiento de sí y de Dios, y en su asiduo e íntimo contacto con la Verdad divina encontró la energía para su infatigable acción. Como María, supo que “el Señor miró la humillación de su sierva” para “hacer grandes cosas” (Lc 1,48-49).

Hoy, Santa Catalina, junto con San Francisco de Asís, es patrona de Italia y con San Felipe Neri, patrona de Roma. En 1970, Pablo VI la nombró con Teresa de Avila, doctora de la Iglesia universal.